

La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 8 DE AGOSTO DE 1904 →

Núm. 1.180

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)

LA REPRENSIÓN, CUADRO DE F. H. MORISSET

Es sin duda alguna la función más difícil y penosa de los padres la de reprender á sus hijos: el cariño paternal, que por un lado busca explicación satisfactoria á las travesuras infantiles y por otro se rebela á emplear frases más ó menos duras con aquellos pedazos de su alma, lucha con el deber de corregir á los que con tanta razón han sido comparados con tiernos arbo-

lillos, á fin de enderezarlos desde pequeños y moldear su carácter cuando se halla en vías de formación. Se necesita, por consiguiente, un tacto exquisito para que en la reprensión la cabeza domine los impulsos del sentimiento y para que el corazón suavice las durezas del entendimiento; pues sólo así producirá aquélla el efecto deseado: aconsejar y convencer son los mejores medios para corregir; pero tratándose de niños, el consejo y el convencimiento han de ser de naturaleza especial, porque su inteligencia no se adapta á graves razonamientos, y

han de dirigirse á su sensibilidad, que fácilmente responde á las excitaciones bien encaminadas.

Sugiérenos estas observaciones el bellísimo cuadro de Morisset que al pie de estas líneas reproducimos y cuyos personajes encarnan, á nuestro modo de ver, el verdadero concepto de la reprensión, tal como lo dejamos indicado: la madre que el autor nos presenta, ha sabido llegar al corazón de su hijo y reprendiéndole con dulzura ha sembrado en su alma una buena semilla que con el tiempo producirá seguramente hermosos frutos.



LA REPRENSIÓN, cuadro de F. H. Morisset

SUMARIO

Texto.—*La reprensión*, cuadro de F. H. Morisset. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Julio Michelet*, por Ruy Blas. — *Federico Carnero* (alias Mr. Moulton), por M. J. Quintana. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problemas de ajedrez*. — *Misia Jeromita*, novela (continuación). — *La Real Fábrica de porcelanas de Berlín*. — *La curiosidad de las aves*. — *El arte de respirar*. — *El Banyan Grande*.

Grabados.— *La reprensión*, cuadro de F. H. Morisset. — *Julio Michelet*. — *Gente moza*, cuadro L. R. Garrido. — *Guerra ruso-japonesa. Combate entre la caballería cosaca y la japonesa en la batalla de Wan-Fan-Kau*, dibujo de H. W. Koekkoek. — *El vapor Petersburg*. — *El vapor Smolensk*. — *La bruja*. — *El despertar de Jesús*, cuadros de Teodoro van Hove. — *El rey bebe*, cuadro de Jordans. — *Representación de «Semiramis» en las Arenas romanas de Nimes*. — *Objeto decorativo de porcelana y oro*, proyectado y ejecutado por Lorenzo Lang. — *Figura de porcelana*, según el modelo de Masch. — *Plancha de porcelana*, proyectada y ejecutada por A. Kips. — *El Banyan Grande*, árbol de Calcuta que por sí solo forma un bosque. — *Jardín del Hotel Faraglioni*, cuadro de I. S. Elgood.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Julio Claretie, por otra parte muy inteligente y notable escritor, se me figura que algo peca de cándido al creer que la tarjeta postal ha matado a la carta. A pesar de la comodidad que la postal no puede menos de prestar a los muy recargados de correspondencia ó muy perezosos y enemigos de la caligrafía, sostengo que ninguna carta digna de tal nombre dejará de escribirse porque existan postales en el mundo.

Verbigracia. Doy fe de que la dilatada familia de los pediguños, petardistas, profesores de esgrima de sable y demás cofrades de la santa hermandad de la *cuesta*, no se han enterado todavía de las ventajas que ofrece la postal. Escriben estos pacíficos industriales cartas cerradas, siempre de cuatro carillas, á menudo de dos pliegos, y manifestando una calma que contrasta con el apresuramiento postalográfico, que tanto lamenta el autor del *Príncipe Zilah*, refieren con pelos y señales toda su historia, el cúmulo de circunstancias que les han traído al caso de girar en descubierto contra los ajenos bolsillos. Mientras haya cuestores, habrá cartas largas.—Tranquílcese Claretie.

El poeta de moda es Petrarca. Con él vuelve á la superficie el soneto. ¿Pero acaso el soneto había pasado, acaso no son unos cuantos sonetos lo más perfecto y hermoso de la poesía moderna?

El amador de Laura hizo sonetos; sonetos hizo Heredia, y entre los dos grandes líricos está un mundo, no sólo de tiempo transcurrido, sino de ideales transformados; la incalculable evolución de la lírica.

Petrarca tuvo su precursor, como Heredia. El precursor de Petrarca fué el modesto y casi olvidado Cino de Pistoya. Antes que Petrarca, este jurisconsulto humanizó el amor, cantó á una mujer viva y muerta, con acentos de ternura moderna, elegíaca. No hay nadie sin raíces, sin antecedentes. Así lo ha dispuesto la naturaleza, enemiga de saltos, como nadie ignora.

Petrarca nació el 20 de julio de 1304, en Arezzo. Él mismo nos lo refiere, y añade un detalle que explica su melancolía: nació desterrado. Su padre era, como Dante Alighieri, de la facción blanca, y como él había sido expulsado de Florencia. Y siempre la sombra melancólica del destierro envolvió su destino.

Un rasgo curioso de la biografía de Petrarca, rasgo por otra parte en armonía con la índole amorosa y refinada de sus versos, es que, á los veintitrés años de edad, era lo que hoy llamaríamos un *muchacho de la goma*. En Avignon, residencia entonces de los Papas, emporio de elegancia y lujo, Petrarca se consagraba á rizarse el pelo, á adornarse con la mayor prolijidad, á perfumarse, á pavonearse así en la calle para recoger miradas de hermosas. La vocación del enamorado precedía á la del poeta, pues en aquel período Petrarca sólo había cursado Derecho: no era el *canzoniere*.

En un templo de Avignon vió por primera vez á su Musa, Laura de Noves. Dos años hacía que *la bella giovinetta*, como el poeta la nombra, estaba casada con Hugo de Sade. Y de esta unión, Laura hubo numerosos retoños. Cuando Petrarca lamenta la falta de salud de su adorada, son los achaques inherentes á la maternidad los que causan esa falta de salud.

Todavía peor que la fecundidad de Laura es lo que el mismo poeta nos dice de ella: que no la importaban un ardite las canciones ni las poesías.

Mas para aquel discípulo de Platón, de Plotino y de San Agustín, tempranamente imbuido de ideales modernos, Laura era la Belleza, y no necesitaba ser otra cosa para exaltar un espíritu y elevarlo á la región de lo suprasensible, hasta volar á la Causa pri-

mera, y, como Dante, percibir en vida los esplendores del paraíso.

Su pelo de oro, su gracioso rostro, sus dulces ojos... Ahí estaba la idealidad de la madre de familia que se llamó Laura de Noves y que (según piensan los más eruditos comentadores y críticos) nunca pagó con un latido de su corazón pasión tan elevada, expresada en tan incomparables estrofas.

A esa Laura que tal vez no se enteró, ó al menos hizo como si no se enterase, Petrarca la dedicó veintisiete canciones y trescientos diecisiete sonetos. Y mientras cincelaba el engarce de este collar magnífico abrochado al cuello de una mujer, la mujer acrecentaba el número de los ciudadanos de Avignon, y por su parte el poeta hacia otro tanto, sin que se le ocurriese regalar á la madre de sus hijos una sola rima.

Conste que nadie me ha preguntado mi opinión acerca del descanso dominical en toros y tabernas, pero esto no impide que yo la tenga, como cada quisque. Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones.

Y si nadie descansase, y si las tiendas continuasen vendiendo, y los talleres funcionando, y las fábricas echando humo, y todas las formas del trabajo en plena actividad, continúo creyendo que debieran cerrarse las tabernas y suprimirse las corridas.

No concibo siquiera que esto se discuta, y no me importa que se afirme que desconozco las exigencias y dictados de la realidad. La realidad es como la libertad: se cometen crímenes en su nombre.

Nuestro mal, ó por lo menos gran parte de nuestro mal, viene del empleo que damos al domingo. Es el día del diablo, como diría Tolstoy. Por fin, los demás días de la semana se trabaja, y el trabajo morigerado. El domingo, la barbarie se desborda.

No hay que fijarse, cuando se intentan reformas de tal trascendencia moral, cuando por fortuna se hace sentir su urgencia, en si se perjudica á Fulano ó á Perico de los Palotes; á esta clase, á este grupo, á aquella industria.

Todo eso es pasajero; la industria busca otro campo, el grupo otra labor, cada cosa vuelve á su sitio, el agua recobra su nivel. Lo que no puede calcularse es la transformación profunda de las costumbres, el efecto enorme, para el nivel moral, que el cierre produciría. Si alguien pierde en lo material, en intereses, en lucro..., no sacaré del armario el pañuelo de mayores dimensiones. ¡Ahí es nada! ¡Los domingos sin tabernas y sin toros!

Especialmente lo primero, representa la mitad del camino andado para que empiece á no ser fórmula irrisoria el bello, el admirable precepto de *santificar las fiestas*.

¡Precepto tan olvidado! ¡Precepto que parece idea de un insigne estadista y sociólogo á lo divino!

No se trata de rezos, no se trata de afluir á los templos; esto sería excelente, pero no á todos grato. Tratemos de concertar las voluntades: entiéndase la santificación de las fiestas en un sentido humano, hasta profano, jubiloso.

¿Quién ha dicho que la gente no se divierta los domingos? Diviértase, al contrario, cuanto pueda. ¿Acaso no hay más medio de divertirse que emborracharse ó ver tripas colgando?

Los toros, á la verdad, están tan decadentes, tan escasos de personal lucido en las cuadrillas, que no se concibe cómo no aburren á los mismos fieles de la *afición*. Ya no son más que el espectáculo sangriento, sin la excusa de la destreza y la habilidad. Acaso, cerradas en domingo las tabernas, el público de la plaza de toros disminuiría, porque estos dos estímulos, fatales á la gente laboriosa, se dan la mano.

Entre otros argumentos contra el cierre, dicen: lo que no se beba en domingo, se beberá en lunes... Extraña psicología. La bebida no es una necesidad natural, orgánica, que insatisfecha un día se impone al siguiente, acaso con más fuerza. La embriaguez es un mal hábito, un vicio, y como todo vicio, la interrupción temporal puede ayudar eficazmente á desarraigarlo. Hay otro punto en que tal vez no se fija la atención. Al trabajador, lejos de hacerse corto el descanso, cuando dispone de un día entero discurre *cómo matarlo*; es una solución de continuidad en su existencia; tiene que rellenar ese tiempo vacío; por eso, de los domingos, nace muchas veces el hábito de la embriaguez. Vandervelde, el eminente escritor socialista, ha consignado esta observación: «desde que los obreros consagran los domingos á excursiones campestres, ha disminuído la embriaguez en sorprendente proporción.» Llenad el domingo: el pueblo no echará de menos la taberna. Cerrad la taberna: disminuirá el tropel de gente en la taquilla de la plaza de toros.

En las cercanías de mi pueblo, el mal empleo del domingo, sobre todo de la tarde del domingo, ha llegado á constituir un verdadero problema de orden público y de buen gobierno. Los caminos, encantadores, poéticos, á la orilla del mar, están orillados de madreselva... y de templos de Baco. La mozaltonería de los lugares circunvecinos concurre á la taberna para calentarse bien los cascos; después, armada de garrotes, revólveres, llaves inglesas y navajas de dos mil muelles, se esparce, nuncia de civilización, por esos caminos que la madreselva embalsama, y la emprende á porrazos, cuchilladas y tiros con el lucero del alba que pase, llevando en la mano una torta. Hace pocos meses dejaron por muerto á un inofensivo señor que se paseaba admirando la puesta del sol en la ría. La Coruña es, sin embargo, una ciudad importante, culta, del litoral. Y estas cosas no ocurren en los aduares marroquies. Son obra de la taberna, del alcohol, ofrecido á la grosera concupiscencia durante las horas de descanso, en que el trabajador no sabe cómo distraerse, y crea un vicio para tapar el agujero de su tedio no confesado. Si no cerráis el domingo la taberna, sobre todo la taberna, mejor hicierais en prescindir del descanso dominical. Lo convertís en daño. Las más sangrientas guerras, las epidemias más mortíferas, no igualan, en funestos efectos, al alcohol, único recreo de las clases pobres.

Pues, señor, ¡continúan los periódicos escribiendo sin recato *sportments y parisién!*

Y en cambio, los cajistas de los mismos periódicos le corrigen á uno el poco, pero honrado inglés que sabe, y le hacen escribir *I* con minúscula.

(*I*, nominativo del pronombre personal de primera persona: entendámonos.)

Habrá que resignarse. La palabra que en inglés equivale á *deportista*, en singular y en plural, tiene desgracia. Propuesto se han que no la conozca la madre británica que la parió... y se salen con la suya.

Por última vez: se dice así: *sportman*, deportista. *Sportmen*, deportistas.—*Parisiense* (del lat. *parisiensis*), natural de París.—Para cerciorarse de esto último basta con abrir el Diccionario castellano.

Ha sido desinfectada convenientemente (era hora) la ropa empeñada en las infinitas casas de préstamos de Madrid, y parece que al leer esta nueva se nos tranquiliza un poco el espíritu, desasosegado ante los temores de repugnantes infecciones microbianas.

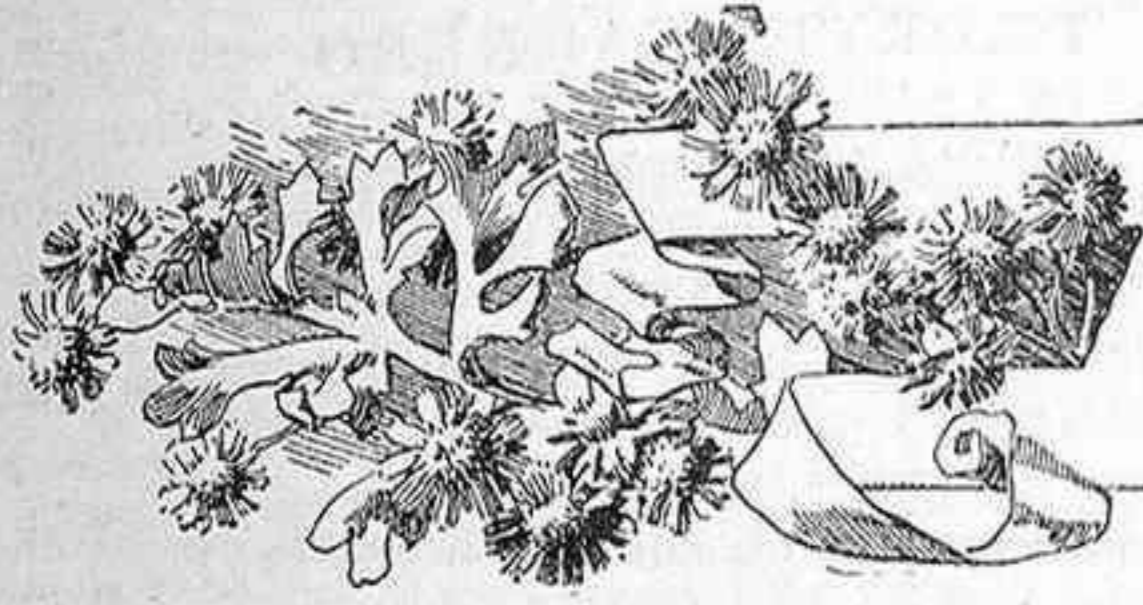
Porque es divertido recorrer las casas de préstamos, en las cuales suelen verse cosas que interesan al novelista, que hablan de historias de dolor, de conflictos morales, de grandezas fenecidas, de ese oleaje de vicisitudes sin el cual la sociedad sería como un plato de calabaza cocida sin sal; pero el terror de lo que andaba colgado por aquellas perchas, enfundado en aquellos oscuros gabinetes, mal preservado de la polilla por el clásico alcanfor, helaba las iniciativas y echaba á perder las descubiertas.

Tenía uno miedo á la *vecchia zimarra*, donde la peste, ni siquiera bohemia, sino burguesa ó proletaria, había sentado sus reales, y parecía resuelta á no irse.

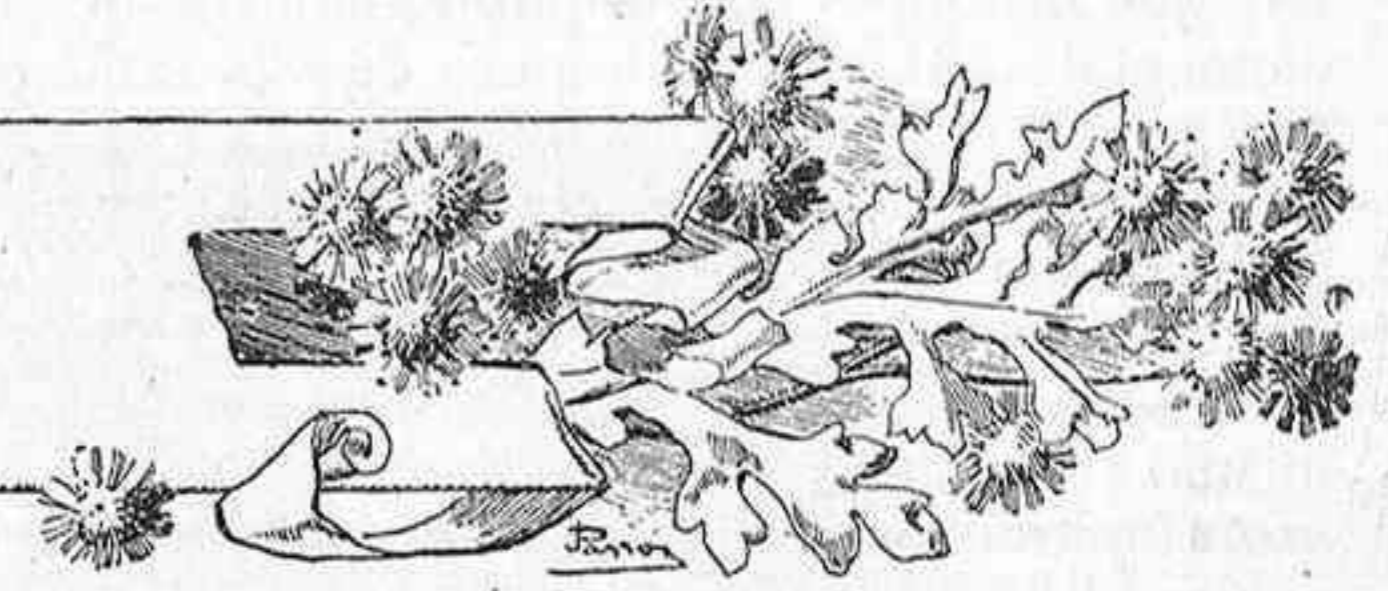
¡Bienhayan las estufas desinfectadoras! Ellas nos permitirán escudriñar tranquilos esos establecimientos donde el mar de la vida hace remanso y deposita restos de naufragios, testimonios de amarguras, lo que suele quedar sobre el campo de batalla, en las grandes capitales encarnizada y fiera. El bordado mantón, el abanico de nácar, la mantilla de blonda, son lo más visible, pero no lo más sugestivo, de esos despojos. Un día, en una casa de préstamos, vi empeñado un cuadrado que, en marco de caoba, bajo vidrio, encerraba un ramillete de azahar. ¿Qué había valido el empeño de ese recuerdo tan íntimo? ¿Qué había dado por él el impío prestamista? ¿Qué género de necesidad remediaron esas flores de cera, á las cuales el transcurso del tiempo ha comunicado un matiz enfermizo? ¿Son prenda que conservaba un esposo, en memoria de una hora inolvidable? ¿Las guardaba la misma esposa, como signo de que eternamente pertenecía á un hombre? ¿Las trajo á la casa de empeños un heredero..., un hijo..., precisado á desprenderse de las flores que engalanaron el corpiño de su madre la mañana de sus desposorios? ¿Quién interpreta el enigma de un ramo de azahar encuadrado primero y pignorado después!

La cuestión de la desinfección de las capas viejas me sugiere la de la quema de hospitales, que está á la orden del día. Los hospitales se queman porque, al cabo de algún tiempo, sus paredes son un criadero inmundado de microbios.

¡Ya lo saben los constructores de Hospitales y Casas de salud: á la malicia, á la malicia!



JULIO MICHELET



Cada vez que cogemos la pluma para trazar alguna semblanza, nos asalta el temor de aumentar el número de esos procesos biográficos en que se detalla la vida de los grandes hombres, desde las primeras gracias de su niñez hasta las últimas chocheas de su decrepitud.

La vida de Michelet ha sido minuciosamente referida en todas las colecciones y diccionarios biográficos de nuestros tiempos. Al trazar aquí la silueta del eminente historiador, prescindiremos de los juicios de rúbrica que se transmiten, de generación en generación, los biógrafos de oficio, con los mismos errores, con las mismas preocupaciones y aun con las mismas faltas de sentido común que la tradición perpetúa.

Nos proponemos hacer un retrato moral. Así es que de la existencia de este hombre extraordinario, únicamente recordaremos lo que contribuyó al desarrollo y determinó las evoluciones de su grande espíritu.

Michelet tuvo por abuelo paterno á un maestro de música de Laon, que en las postrimerías del Terror vendió sus escasos bienes para trasladarse á París, donde obtuvo para su hijo mayor un empleo en la imprenta de los asignados.

La República, después de haber fabricado por nueve mil millones de papel moneda, hizo bancarota; y la prensa en que este papel se tiraba fué destruída en 1796, cuando el joven impresor picardo acababa de casarse.

Entonces se acordó en consejo de familia emplear el peculio común en la compra de una imprenta, que fué instalada en el coro de una antigua iglesia monacal.

Dos años después, el 21 de agosto de 1798, vino al mundo Julio Michelet.

El establecimiento tipográfico de su padre prosperó durante la era de libertad que tuvo fin el 18 brumario. Las luchas de los partidos, las interminables discusiones políticas, las noticias del ejército, todo contribuía á ofrecer diariamente nuevos elementos de vida á las innumerables imprentas que existían entonces. Pero éstas recibieron en 1800 un golpe mortal con la supresión de los periódicos.

Por tolerancia se dejó al padre de Michelet que imprimiese una sola gaceta; y esto porque únicamente trataba de asuntos eclesiásticos. Sostuvo la empresa á todo coste, y cuando el periódico empezaba á producir, se le retiró el privilegio para otorgárselo á un cura que Napoleón I tenía por leal y que pronto le hizo traición.

El gobierno de 1810 redujo la prensa á más estrechos límites y la organizó en monopolio en provecho de un reducido número de impresores afectos al ministerio de la policía.

Tantas vicisitudes acabaron por arruinar á nuestro impresor, cuyo establecimiento no tuvo la fortuna de figurar entre las sesenta imprentas conservadas en París por la arbitraria voluntad del emperador. La indemnización con que el gobierno pretendió reparar sus perjuicios, no excedería de la vigésima parte de su valor real. Teniendo deudas que pagar y obligaciones que cumplir, el tipógrafo se dedica á imprimir varias obras de su propiedad, ya que el decreto imperial permite aquella escapatoria.

Todo el trabajo tiene que hacerse en familia, cuyo jefe anda siempre corriendo por la ciudad para hacer frente á sus apuros, sin poder ayudar á su esposa enferma que hace de encuadernadora, ni á su hijo que apenas cumplidos doce años compone y distribuye la letra, ni á su padre que á los setenta y cinco se mete al duro manejo de la prensa á mano, recordando con amargura sus pasadas glorias de artista.

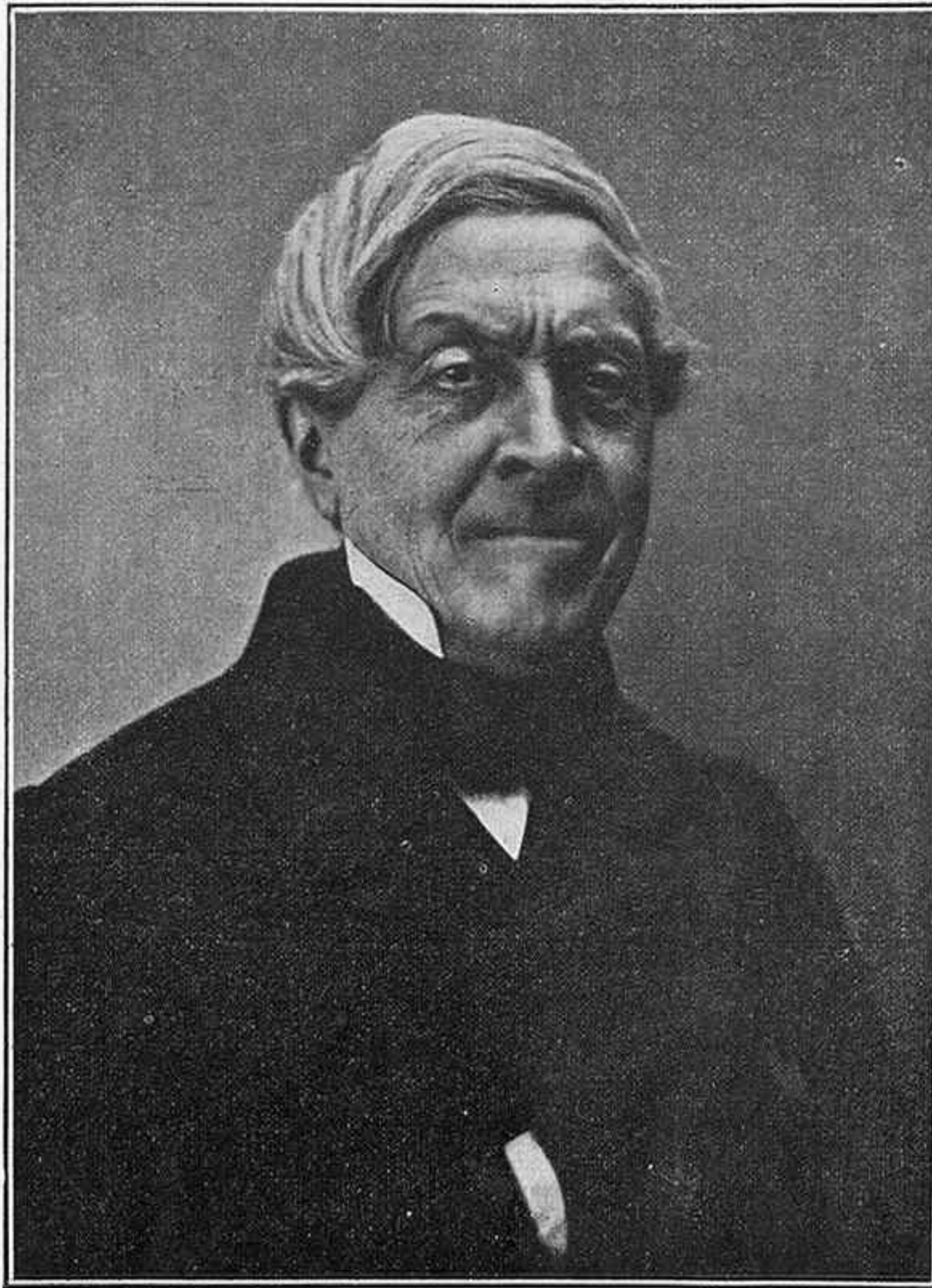
En las obras que les permiten publicar, Julio no halla gran pasto para el desarrollo de su inteligencia. Casi todas son colecciones de charadas, acrósticos y chistes, deplorables muestras de esa literatura de pacotilla, que hasta hace poco ha sido la base de la cultura literaria del bajo pueblo francés.

De pie ante su caja, el futuro historiador, cuyo trabajo automático no pone traba alguna á su imaginación, se entrega á continuas meditaciones. En tanto que sus pobres dedos de niño, llenos de sabañones

en el rigor del invierno, juntan ó dispersan las letras de plomo, su cabecita piensa; y cuanto más se animan las ideas en su cerebro, más ligera anda la mano en mover la letra.

Julio nada sabe todavía, exceptuando un poco de latín que le enseña un viejo librero, ex maestro de escuela rural, gran amigo de Vaugelas y de las doctrinas del 93. Este hombre, chapado á la antigua, que con ser enemigo de los emigrados monárquicos había salvado á nueve del hacha de los terroristas, tenía que ejercer naturalmente una poderosa influencia en el desarrollo moral de su nuevo discípulo. Las horas que éste pasaba estudiando con él, eran sus horas de recreo. Terminada su lección, se volvía silencioso al taller, donde no le esperaba más compañía que la de su pobre abuelo, ocupado en hacer gemir la prensa con sus manos temblorosas.

Entonces cayeron en las de Julio tres volúmenes destinados á impresionar vivamente su espíritu: una *Mitología*, un *Boileau* y una *Imitación de Jesucristo*, obra esta última que fué toda una revelación para el



JULIO MICHELET

muchacho, educado hasta entonces en la ignorancia más profunda de las ideas religiosas. Su padre, que conocía más á Apolo y á Júpiter que á Jesucristo, no le habló nunca de Dios, cuyo nombre substituía con el de la Providencia ó con el del Ser supremo, como Maximiliano Robespierre.

A través de aquellas páginas, Julio divisó de pronto al final de este mundo de tristezas la liberación de la muerte, la otra vida y la esperanza. La religión, así recibida, sin intermediario humano, fué en él muy fuerte y quedó en su alma como algo propio, vivo y libre, tan identificado con su vida, que se alimentó de todo, fortificándose con una infinidad de cosas tiernas y santas en la poesía y en el arte. No leía, sino que oía las primeras palabras de la *Imitación*, como si aquella voz dulce y paternal se dirigiese á él; y su gran cuarto desmantelado y frío le pareció lleno de una claridad misteriosa. No pudo seguir mucho la lectura, porque no comprendía á Cristo, pero sintió á Dios.

La existencia de Julio fué transcurriendo entre el laborioso trabajo de la imprenta y la robusta nutrición de su cerebro. Por las mañanas, muy temprano, antes de ir á su tarea, pasaba un par de horas en casa de su viejo maestro, que le hacía traducir algunos versos de Ovidio ó de Virgilio, y le corregía los temas ó las versiones que el muchacho escribía por

la noche, después de la lección de música dada por su abuelo. Pero éste distaba mucho de mostrarse tan satisfecho de su discípulo como el profesor de latín. Julio era tan refractario á la anotación casi algebraica del lenguaje musical, que renunció al fin á vencer las dificultades que encontraba insuperables.

Mientras tanto, agotados los recursos de la indemnización, aumentaban de día en día los apuros materiales en el hogar doméstico. Para colmo de desdicha, la madre de Julio cayó gravemente enferma.

El niño no se daba ningún paseo ni distracción alguna, sino para ir de vez en cuando á recorrer las salas del *Museo de monumentos franceses*, fundado en 1794 por Alejandro Lenoir en el convento de Pequeños Agustinos, destruído por la Restauración y convertido más tarde en la actual Escuela de Bellas Artes. Allí se formó el historiador que había de asombrar al mundo con sus obras. El joven Michelet llenaba aquellas tumbas con su imaginación; sentía á los muertos á través de los mármoles, y le sobrecogía un vago terror bajo las bóvedas sombrías en que descansaban Chilperico y Fredegunda.

Un amigo de la familia propuso hacerle dar colocación en la imprenta imperial. Era asegurarle el sustento, pero probablemente era también paralizar para siempre el desarrollo de su inteligencia; y todas las facultades de su espíritu se revelaban tan activas y fecundas en promesas, que sus padres retrocedieron ante la perspectiva de reducirlo á la condición de simple operario. Y aquella familia, tan próxima á la miseria, supo imponerse aún nuevos sacrificios para meterlo en el colegio Carlomagno, donde no tardó en ser el número uno en todo el programa universitario. Pero si fué simpático á sus profesores, sus condiscípulos le hicieron pagar caros sus triunfos, con sangrientas burlas é injustos desprecios basados en la pobreza de su ropa. Esto le sumió en una precoz misantropía, que lo alejaba aún más de sus compañeros. A las horas de recreo y en los días de asueto, se encerraba en las clases para leer un libro de Tácito ó un canto de Virgilio, y hablar familiarmente con los dioses, con los héroes, con las grandes figuras de la humanidad, sintiendo crecer en su alma el amor á lo bello y el culto de lo grande.

Perdió á su madre estando todavía en el colegio, y el recuerdo cariñoso de aquella santa mujer le acompañó hasta los últimos instantes de su vida. A cada momento, en sus ideas, en sus palabras, sin hablar del gesto ni de las facciones, la sentía revivir en él.

Terminó sus estudios con gran éxito, pero había llegado el instante de decir adiós á los triunfos escolares y bajar al palenque social para conquistarse una posición. Tuvo la suerte de escapar á las dos influencias que perdían

á los jóvenes de su época: la de la escuela doctrinaria, majestuosa y estéril, y la de la literatura industrial, que hallaba colocación hasta para sus más desdichados engendros en la librería apenas resucitada. No queriendo vivir de su pluma, se dedicó á la enseñanza, por considerar que era esta la profesión que más le facilitaban sus estudios. Y cada día, después de haber dado sus clases, se complacía en retirarse á su domicilio, allá, cerca del cementerio del Padre Lachaise, donde se entregaba á la lectura de los poetas clásicos, principalmente Homero, Sófocles y Teócrito, y de vez en cuando á los historiadores.

Tres años duró aquella vida de inteligente y poética pereza, sin sospechar que había de ser uno de los primeros escritores de estos tiempos. Su principal ocupación consistía en dar lecciones en casas particulares ó en colegios, enseñando todo lo que querían, idiomas, filosofía, historia, matemáticas, ciencias físicas y naturales, hasta dibujo.

La única distracción que se permitía de vez en cuando era el pasearse por el bosque de Vincennes en compañía de un amigo suyo, gran discutiendo y analista sin igual. Durante horas enteras, la filosofía y las letras proporcionaban elementos inagotables á sus conversaciones.

Ganó entonces por oposición una cátedra en el colegio Sainte Barbe, y en 1825 preludia sus grandes

trabajos históricos con la publicación de dos obras elementales. Dos años después da á la estampa un compendio de historia moderna, luminoso y conciso, que marca las tendencias liberales del autor.

Toda Francia leía en aquella época la *Crítica de la razón pura*, de Kant, y Michelet la convirtió en base de sus teorías históricas y humanitarias. Aquel mismo año publicó los *Principios de la filosofía de la historia*, traducidos de la *Scienza nuova*, de Vico, con un discurso sobre el sistema y la vida del autor; obra que afirmó su reputación sobre bases más sólidas. El sabio profesor francés distaba mucho de adoptar por completo las doctrinas fatalistas del autor italiano; se separaba de él en los principales puntos, negándose á creer, entre otras cosas, que la especie humana esté invariablemente condenada á evolucionar en el mismo ciclo y á recaer de la civilización en la barbarie, después de cierto número de siglos, para elevarse de nuevo del derecho de la fuerza al derecho de la razón. También protestaba contra la conclusión del filósofo napolitano que proclamaba infalible toda idea que se presentase con el asentimiento unánime de los hombres; y su protesta se fundaba en que la historia nos prueba que los más crasos errores han sido consagrados por todas las naciones del globo, y que el testimonio universal se impregna de las preocupaciones de cada siglo.

Tan notable trabajo valió á Michelet su nombramiento de maestro de conferencias para la cátedra de historia en la Escuela normal. La enseñanza dulcificó su carácter que la terrible prueba del colegio había agriado mucho. Aquellas jóvenes generaciones, amables y confiadas, que creían en él, le reconciliaron con la humanidad. Lo que sentía era que se dispersaran cuando les había cobrado afecto.

Después de la Revolución de Julio, fué nombrado jefe de la sección histórica en los archivos del reino. En 1831 publicó la primera parte de su *Historia romana*, que abunda en críticas ingeniosas y en observaciones de una grande originalidad; y tres años después dió á la imprenta la segunda edición de su admirable *Introducción á la Historia universal*, aumentada con un discurso inaugural, pronunciado por el autor en la Facultad de letras. Casi al mismo tiempo, da el primer tomo de su monumental *Historia de Francia*, y sus obras se suceden con asombrosa rapidez y con éxito creciente. Desempeña por poco tiempo el cargo de profesor de historia de la princesa Clementina; sucede á Daunou en la cátedra de Moral é Historia del Colegio de Francia y al conde Reinhard en la Academia de Ciencias morales. Aquella cátedra se convirtió pronto en una tribuna, donde, sostenido por las simpatías de la juventud universitaria, empezó en favor de los ideales democráticos y en contra de los jesuitas una activa propaganda, que desencadenó contra él las más vivas animosidades y que dió por fruto los tres famosos libros de *Los jesuitas* (en colaboración con Quinet), *El cura, la mujer y la familia*, y *El pueblo*, obra en que su alma compasiva vertió raudales de sentimiento.

En 1847 publicó la *Historia de la Revolución*, que terminó en pocos años. El partido liberal quiso enviarlo á la Cámara de diputados, pero él declinó toda candidatura, excusándose con la necesidad de llevar á término sus grandes trabajos históricos. Co-

mo continuase su enseñanza democrática en el Colegio de Francia, el gobierno, temeroso, cerró su cátedra en marzo de 1851; y á consecuencia del 2 de diciembre abandonó los Archivos por haberse negado á prestar juramento al gobierno imperial.

Michelet, que había perdido á su primera esposa, volvió á casarse con una mujer de gran talento, que colaboró con él en varias obras llenas de delicadeza y sentimiento, tales como *El ave*, *El insecto* y *El mar*. Es interminable la lista de los libros de arte puro, de polémica y de historia que dió á luz el sabio y fecundo escritor.

Retirado á Italia durante el sitio de París, protestó contra las exigencias de los vencedores por medio

PEDRITO CARNERO

(ALIAS MR. MOUTON)

Su padre Jerónimo Carnero era dueño en su pueblo natal de una tienda surtida en la que vendía toda clase de artículos y géneros, desde percales, sedas y terciopelos anticuados y fuera de moda que le enviaban de la capital por no ser vendibles ya, hasta las velas de cera y de sebo, azafrán, especias y galletas que habían sido inglesas; ayudábale en el comercio y venta su mujer Pascuala Valdeivieso, muy gruesa de carnes, no muy aguda de entendimiento, pero mujer que toda su vida había sido honrada y fiel á su marido, buena á carta cabal y que sólo tenía una debilidad: la de haber hecho un ídolo de su hijo único Pedrito.

El cual quedó huérfano de padre cuando contaba apenas diez años, siendo su madre tutora y curadora, y teniendo además desde el día en que enviudó el cargo y dirección de los negocios de la casa. Y á decir verdad no la iba mal, pues vendía mucho y bien, llegando á triplicar en pocos años el caudal y existencias que la dejara al morir su marido Jerónimo.

El primer cuidado de Pascuala Valdeivieso, viuda de Carnero, fué atender á la educación de su hijo Pedrito; ella hubiera deseado hacerle cuando menos abogado ó ingeniero; pero no queriendo separarse de él, se contentó con enviarle á la escuela, pagando bien para que el maestro, que no era tonto ni ignorante, le enseñase lo que el muchacho buenamente y sin esfuerzo quisiera aprender, incluso un poco de latín y algo de francés, idioma útil y necesario á su comercio.

Al cumplir Pedrito los veinte años creyóse un hombre con humos de instruido y hasta sabio, pasando por ser la lumbrera y antorcha de su pueblo, lo cual le tenía orgulloso y causaba á su madre la buena Pascuala gozo inefable cuando oía las alabanzas que prodigaban á su Pedrito.

—Señora Pascuala, decía un día el secretario del Ayuntamiento, usted debía mandar á su hijo á Madrid por algún tiempo para que se perfeccionase

en sus estudios, y al cabo de poco vería usted... —No me hable de eso, le interrumpía Pascuala; ¡mandar mi Pedrito á Madrid!.. Calle usted. Madrid es la perdición de los jóvenes... ¡Vamos que no y no! Además no quiero separarme de mi hijo.

Pedrito, por su parte, que tenía pretensiones de ser alcalde de su pueblo algún día y hasta soñaba con ser diputado por el distrito, no pensaba ni quería ir á Madrid, primero porque le iba muy bien en su pueblo, donde era el amo puede decirse, y segundo porque empezaba á enamorarse ciegamente de Juanilla, muchacha linda y buena, hija del comerciante más rico del país. Ella al principio no hacía caso á Pedrito; tenía muchos buenos pretendientes y podía escoger á su gusto; pero el joven fué tan perseverante y se dió tan buena maña para enamorar á la muchacha, que al fin ésta cedió y le autorizó para que la señora Pascuala fuese á hablar con su padre.

Arreglóse el matrimonio á satisfacción de las dos familias y concertóse la boda, que debía efectuarse de allí á un año. La fiesta fué de todo lujo, bulliciosa y alegre; hubo morterazos, luces de bengala, fuegos artificiales, gran cena, baile al aire libre y limosnas para los pobres.

RUY BLAS.

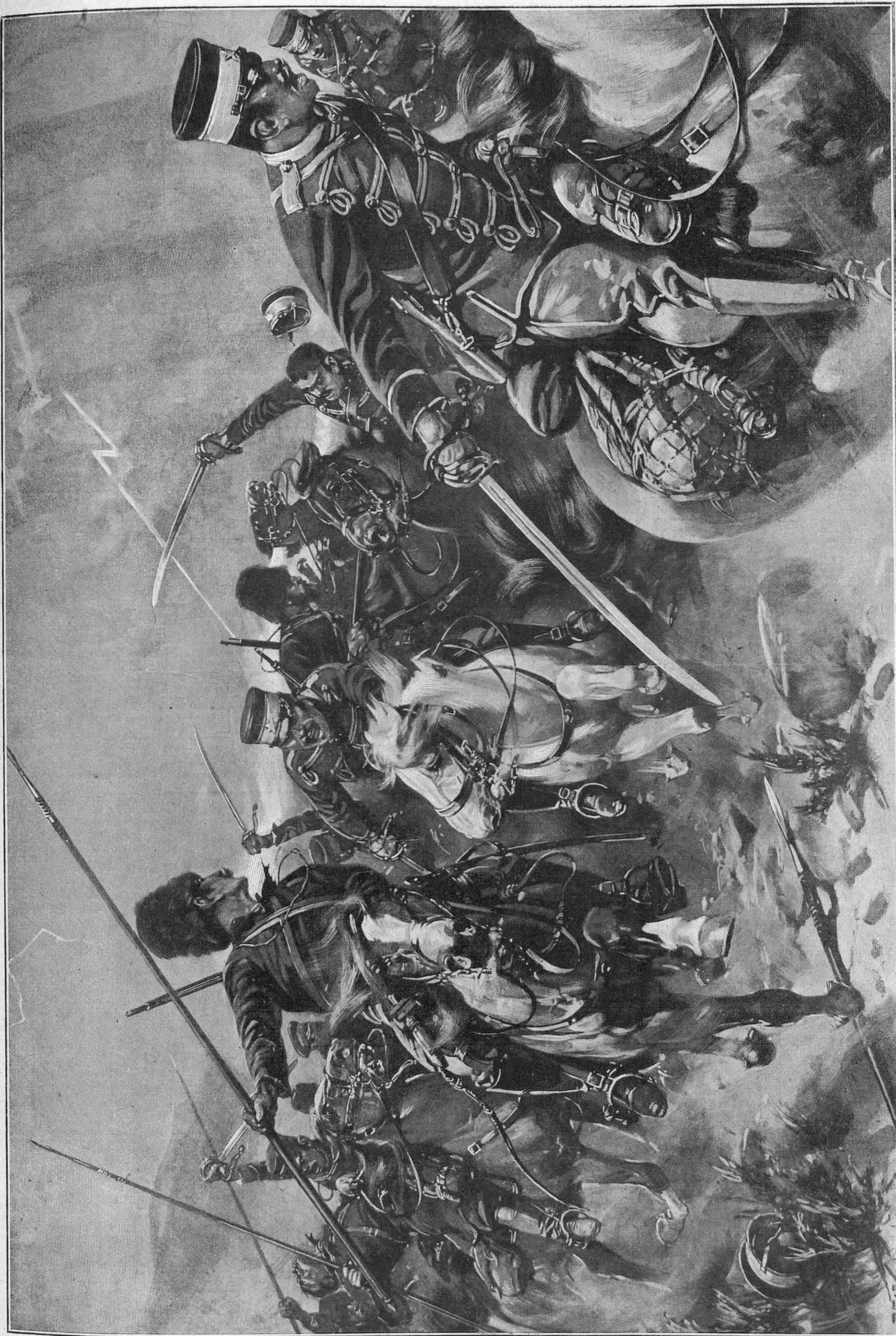


Gente moza, cuadro de L. R. Garrido. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1904.)

de un elocuente manifiesto impreso en Florencia; angustiado por los infortunios que agobiaban á su patria, emprendió en 1872 la publicación de una *Historia del siglo XIX*, que no pudo llevar más allá de Waterloo, porque, hallándose en Hyères, donde solía invernar hacía años, sucumbió á un ataque de parálisis el día 9 de febrero de 1874.

Después de un ruidoso pleito entre la viuda y un yerno de Michelet, sobre si el cadáver de éste podía ser trasladado á París ó si había de ser enterrado en Hyères, los tribunales fallaron que se inhumase en el cementerio del Padre Lachaise, donde, en terreno cedido por el Municipio, se le erigió por subscripción nacional un mausoleo adornado con un grupo alegórico en mármol que honra al escultor Mercié.

El cuerpo del eminente historiador podrá desaparecer en virtud de la ley fatal de renovación de la materia, pero su espíritu vivirá eternamente en sus obras. En ellas se muestra grande como erudito, como pintor y como poeta. Su estilo reúne la viveza espontánea de las inteligencias poderosas que todo lo abrevian y simplifican, porque todo lo abarcan con extraordinaria lucidez.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Combate entre la caballería cosaca y la japonesa en la batalla de Wa-Fang-Kau (30 de mayo). (Dibujo de H. W. Koekkoek.)

En lo más refido de la batalla de Wa-Fang-Kau, estalló una tempestad horrible, confundiendo durante largo rato los estampidos de los truenos con los de los cañonazos. Esta lámina representa un episodio de la batalla durante la tempestad, el combate sangriento que se trabó entre los cosacos y la caballería japonesa

Dos años pasaron sin que Pedrito pudiera tener la satisfacción de llamarse padre; y esta era la única nube que oscurecía aquel cielo matrimonial, feliz en todo lo demás.

Un día la mujer de Pedrito díjole:

—Mira, Pedrito, he oído decir que el cambio de clima y de aires suele ser un remedio para tener familia...

—Sí, tienes razón, la interrumpió Pedrito; no se



La bruja, cuadro de Teodoro van Hove

me había ocurrido tal idea. Haremos un viaje á Madrid, á Barcelona y llegaremos hasta París... París, ¿qué te parece, eh?

—¡Cuánto me gustaría... ver París..., y tú que hablas francés!.. Vámonos, vámonos cuanto antes.

Pocos días después, con el bolsillo bien provisto y la bendición materna, tomaban el tren para Madrid, donde permanecieron una semana, saliendo después para Barcelona, que les gustó mucho, y donde se detuvieron más de quince días.

Fijo en la mente el viaje á París, determinaron sin más tardanza salir con destino al *foyer de deux mondes*, como llama Michelet á la capital de la vecina república. Difícil sería describir la satisfacción de los cónyuges Carnero al instalarse en el cómodo y lujoso *reservado* del Pullman, que no habían visto jamás. La señora de Carnero abrazaba y besaba á su marido llena de júbilo infantil, y Pedrito por su parte devolvía las caricias á su mujer y consultaba frecuentemente el vocabulario francés de bolsillo, comprado expresamente para la ocasión. Inútil es decir que del francés que había creído aprender apenas si recordaba algunas frases, lo cual le preocupaba, pues no quería que su mujer se percatase de su falta de memoria y aplicación... ¡Ella que creía á su marido un profesor en francés!

Llegaron á París y fueron á instalarse en el mejor hotel, el más caro, el de moda. Diéronle á Pedrito una espaciosa habitación elegante y bien amueblada, donde almorzaron, no queriendo bajar al comedor, y como la señora de Carnero sentíase algo cansada, no quiso acompañar á su marido, que debía salir en busca del banquero español para el cual traía una letra de cambio. Bajó en el ascensor, hizo llamar por señas un coche, fué á la oficina del banquero, cobró su letra y volvió al hotel, impaciente por ver á su mujer, aunque la ausencia no había llegado á una hora.

Preocupado y sin fijar la atención, se metió en el primer ascensor que halló al paso; el ascensor le condujo al piso más alto del hotel; Pedrito salió del ascensor, y aunque reconoció que no era aquel el piso en que estaba su habitación, recorrió dos veces la inmensa galería que daba vuelta al edificio, sin encontrar escalera ni salida alguna. Al fin un criado le salió al encuentro preguntándole qué buscaba, y Pedrito en un francés imposible le dijo:

—Mi mujer..., mi número..., mi cuarto,

El criado le hizo varias preguntas sin poder comprender las respuestas, y por último hizo subir el ascensor y metió dentro á Pedrito, que á los pocos segundos se halló otra vez en el vestíbulo del hotel. Indeciso y sin saber cuál ascensor debía tomar, hacía preguntas incoherentes que ningún criado entendía; dirigióse á la oficina en que había entrado al llegar donde registraron su nombre, pero tuvo la mala fortuna de no hallar el mismo empleado, que, cumplidas las horas de servicio, había sido relevado. Hízole las mismas preguntas en su incomprensible francés:

—Mi mujer..., mi número..., mi cuarto...

A todo lo cual el empleado se quedaba en ayunas, sin comprender el sentido, y sabe Dios cómo hubiera terminado á no llegar un criado que debió conocer la nacionalidad de Pedrito en su cara y le preguntó en español chapurrado lo que deseaba. Enterado de ello, y después de consultar el libro registro, le condujo á su habitación, donde la señora de Carnero le esperaba impaciente y algo inquieta por la tardanza.

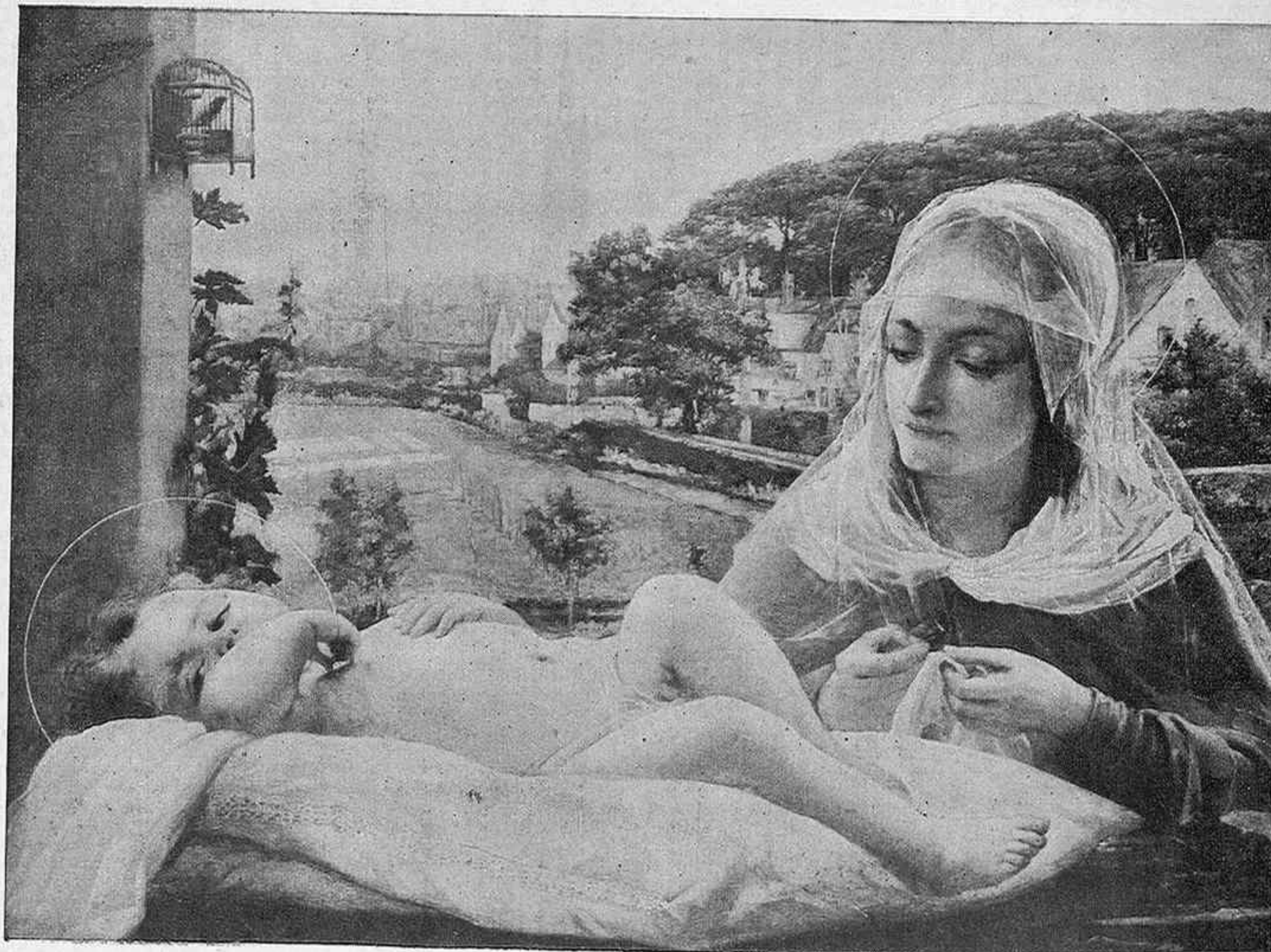
Al día siguiente alquilaron un carruaje para recorrer París y fueron al correo, *Poste-restante*, en demanda de cartas que debían haber llegado. Pedrito, que consultaba á cada momento el vocabulario de bolsillo (si bien á escondidas), se acercó al encargado y le preguntó si había alguna carta para *Monsieur Mouton*, traduciendo en francés su propio apellido. El encargado, después de consultar el registro, le dijo con la mayor cortesía que no había carta alguna para *Monsieur Mouton*.

—Es extraño, dijo Pedrito á su mujer; en fin, volveremos mañana. Se habrá retrasado el correo.

Tornaron al siguiente día, hizo Pedrito la misma pregunta en idénticos términos y obtuvo igual respuesta.

Y lo mismo sucedió los dos días siguientes.

Intranquilo Pedrito por el silencio de su madre,



El despertar de Jesús, cuadro de Teodoro van Hove

decidióse á telegrafiarla, exigiéndola inmediata contestación y dando la dirección del hotel.

Pasó aquel día, y por la tarde del siguiente Pedrito, lleno de inquietud por no recibir contestación, fué á la oficina del hotel en demanda del telegrama. Le contestaron que procedente de España había un

telegrama dirigido al hotel, pero el nombre estaba escrito así: *Monsieur Carnaireau*, y que como él preguntaba por un telegrama dirigido á *Monsieur Mouton*, decididamente no era para él y no podían entregárselo.

Lleno de zozobra y de inquietud por la falta de cartas de su madre y sin respuesta telegráfica, Pedrito decidió salir en el primer tren con destino á España.

Pagó su cuenta en el hotel, que por cinco días ascendió á varios cientos de francos, quedándole sólo lo justo para volver á su país en segunda clase. ¡Triste viaje de regreso!

Cuando Pedrito hubo abrazado á su madre, á la cual halló felizmente buena y sana, si bien asombrada de la rápida é inesperada vuelta sin aviso alguno, la dijo:

—Pero, mamá querida, ¿cómo has dejado pasar cinco días sin escribirnos?

—¡Si no he dejado de escribirte ni un solo día, hijo mío!

—Pondrías mal la dirección...

—Exactamente como tú me indicabas..., á tu nombre, *Monsieur Pierre Carnero*...

—¡Ah!, exclamó Pedrito interrumpiéndola; ahora me lo explico. Yo preguntaba si había carta para *Monsieur Mouton*, que es la traducción de mi apellido, para que lo entendieran mejor... Ya ves, como estaba en Francia...

—Pero, hijo mío...

—Bien, mamá; pero ¿por qué no me contestaste al telegrama que debes haber recibido?

—Sí, hijo mío, te contesté en seguida... Mira, aquí está la copia. Por cierto que para mayor claridad y evitar errores puse tu nombre así, mira... *Monsieur Carnaireau*, que es como en francés se escribiría tu apellido para pronunciar *Carnero*... Ya ves.

—Y no quisieron entregarme el telegrama por eso mismo, porque no decía *Monsieur Mouton*. En fin, no hablemos más de esto, dijo Pedrito con tono decidido y autoritativo.

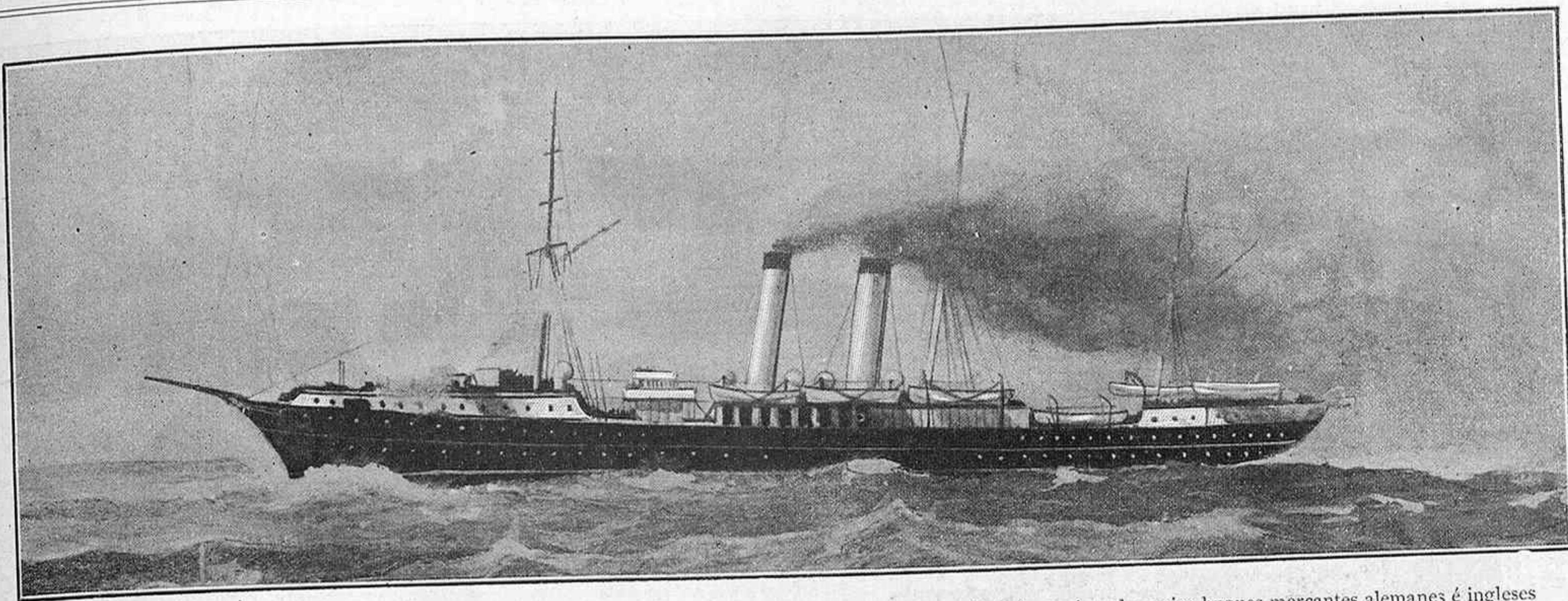
A los pocos días todo el pueblo comentaba con grandes risas lo ocurrido á Pedrito en París, y desde entonces llamaron á Pedrito Carnero «*Monsieur Mouton*».

Hoy aquel Pedrito Carnero es padre de familia, rico y feliz; ha sido Director General, Diputado y Senador, tiene varias Grandes Cruces y le llaman el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro Carnero de Valdeivieso. Es hombre político de grandes influencias, vive en Madrid en un magnífico hotel de su propiedad y

es en la actualidad candidato para un alto puesto diplomático...

Por lo demás, es una persona excelente y simpática. Sí; pero en su pueblo es siempre *Monsiú Mouton*.

M. J. QUINTANA.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - El vapor *Petersburg*, de la flota voluntaria rusa que en el mar Rojo ha registrado varios buques mercantes alemanes é ingleses

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Dueños los japoneses de Ta-Chi-Kiao y de Niu-Chuang, prosiguen su movimiento de avance sobre Hai-Cheng y Liao-Yang. Mientras una parte de su ejército atacaba las posiciones rusas de Ta-Chi-Kiao, otra acentuaba su movimiento ofensivo contra Hai-Cheng, habiendo comenzado por este lado las operaciones el 25 de julio último con varios combates entre las avanzadas. El 29 se libró una reñida batalla, atacando los japoneses el flanco derecho de los rusos: la acción empezó con un vivo cañoneo, después del cual la infantería avanzó á lo largo de la línea férrea, á pesar del incesante fuego del enemigo. De lo ocurrido en los días 30 y 31 todavía no se tienen detalles, y únicamente se sabe que en esta última fecha las fuerzas del flanco derecho ruso se replegaron ordenadamente sobre Hai-Cheng.

Por el lado de Liao-Yang, también se han trabado sangrientos combates, en uno de los cuales (el día 31) fué muerto el general Keller, que mandaba el segundo cuerpo siberiano y estaba encargado de las operaciones dirigidas contra el ala derecha extrema del ejército del general Kuroki.

Por el interés que inspiran y por la trascendencia que pueden tener las operaciones que han de desarrollarse en esta parte del teatro de la guerra, nos parece conveniente examinar la situación que en él ocupan los dos beligerantes:

Después de los combates de Ta-Chi-Kiao (23 y 24 de julio), el frente del ejército ruso, que era de 100 kilómetros, quedó reducido á 66. La derecha de este ejército, que es la que se ha replegado sobre Hai-Cheng, se compone de 56 batallones, con 128 cañones, y está mandada, según parece, por el general Sarubaieff. El centro, situado entre Hai-Cheng y Liao-Yang, consta de 24 batallones, con 32 piezas de artillería. La izquierda, que ocupa Liao-Yang, tiene 88 batallones y 256 cañones. Todo este ejército hállase apoyado al Sur por la brigada de cosacos del Ussuri, al Norte por la división de cosacos del Transbaikal y en todo el frente por las numerosas fuerzas movilizadas en Siberia ó procedentes de Europa y del Cáucaso: toda esta caballería comprende 126 escuadrones con 8 baterías montadas.

Los japoneses tienen allí tres ejércitos que forman dos grupos: uno de éstos, el del Norte, está constituido por el primer ejército, que consta de 48 batallones, 15 escuadrones y 215 piezas de artillería, y es el que opera en la región de Liao-Yang; el otro, formado por todo el segundo ejército y la mayor parte del tercero, comprende 80 batallones, 21 escuadrones y 288 cañones y se extiende en semicírculo alrededor de Hai-Cheng. En el centro, una división del tercer ejército (16 batallones, 3 escuadrones y 36 cañones) asegura la comunicación entre aquellos dos grupos.

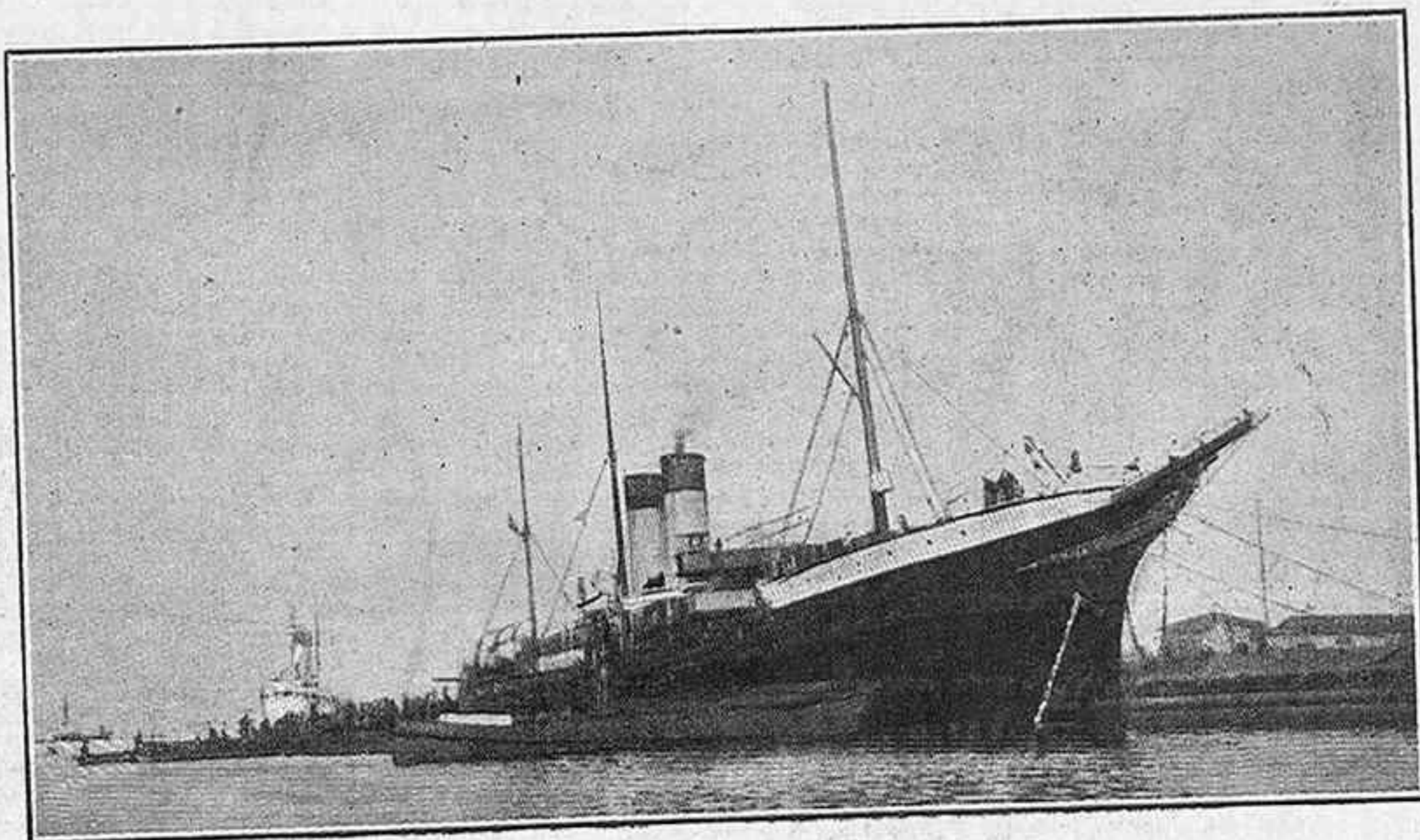
Como se ve, el general Kuropatkine dispone en la actualidad de fuerzas equivalentes á las de su adversario, y si bien no se halla aún en condiciones de tomar la ofensiva, puede sin temor aceptar una batalla defensiva. Sin embargo, no es de suponer que acepte una gran batalla en Hai-Cheng, porque no le conviene llevar hacia el Sur fuerzas de las que guarnecen

Liao-Yang, pues con ello se expondría á que el general Kuroki, que amenaza la región situada al Norte de aquella plaza, le cortara las comunicaciones con Mukden. Lo más probable, por consiguiente, es que los cuerpos que operan al Sur continúen haciendo lo que hasta ahora, oponer toda la resistencia posible al avance de los japoneses, pero sin comprometerse, antes bien replegándose sucesivamente hacia Liao-Yang que, al fin, será el punto de concentración de todo el ejército ruso y tal vez el sitio en donde se libere una gran batalla, cuyo resultado puede contribuir mucho al éxito definitivo de la guerra.

Es imposible deducir la verdad de las pérdidas sufridas por ambas partes en los combates de Ta-Chi-Kiao. Díjose primero que los rusos sólo habían tenido 87 muertos ó heridos y los japoneses 800; después el general Okú afirmó que aquéllos habían perdido 2.000 hombres, y últimamente se asegura que los japoneses tuvieron 1.043 bajas. No menos contradicción existe respecto de los detalles de la acción, pues mientras el general japonés dice, para aumentar la importancia de su victoria, que los medios de defensa de los rusos eran los mejores y más importantes de cuantos hasta entonces se habían opuesto á sus tropas, el general ruso Sakharof afirma que no

rios contratorpederos rusos. Que hubo combate y que éste fué muy sangriento parecen cosas fuera de toda duda, porque un boletín oficial del estado mayor japonés publicado el día 30 en Tokio dice que los sitiadores tuvieron cinco oficiales muertos y 71 heridos; de las bajas de soldados no habla. La circunstancia de ser este el primer boletín que se publica desde que comenzó el sitio hace creer que ha empezado el ataque en regla de la plaza. Se ha dicho también que los rusos perdieron tres contratorpederos, pero esta noticia no ha sido confirmada ni siquiera en el parte oficial del almirante Togo. Un telegrama de Tokio, fechado el 1.º de este mes, dice que los japoneses intimaron á la guarnición rusa que capitulara, intimación que, como es de suponer, fué desatendida; y añade dicho telegrama que de la respuesta de los sitiados se desprende que éstos creen que el material de sitio de los japoneses, el mariscal Oyama y todo su estado mayor se hundieron en el mar con dos de los buques destruidos por los torpedos.

La cuestión de los barcos visitados, apresados ó destruidos continúa siendo objeto de discusiones y negociaciones diplomáticas. Rusia mantiene en absoluto el derecho de visita que pueden ejercitar los buques de guerra y los cruceros auxiliares; en lo único que parece ceder á las reclamaciones formuladas es en lo que se refiere al hecho de haber sido transformados en buques de guerra el *Smolensk* y el *Petersburg* después de haber pasado el Bósforo y los Dardanelos como barcos mercantes. En su consecuencia, ha ordenado á los expresados buques que en lo sucesivo se abstengan de visitar los buques neutrales sospechosos, y que regresen inmediatamente á Rusia por el Báltico. Pero los vapores mercantes que hayan sido transformados en cruceros auxiliares fuera del mar Negro, tienen y conservarán el derecho de visitar y capturar, en su caso, á los barcos neutrales: tal sucederá respecto de los vapores recientemente adquiridos, el *Don*, el *Ural*, el *Terck*, el *Koubaa*, el *Artisch*, el *Anadir* y el *Argoun*, que serán incluidos en la lista de la marina de guerra, los cuales



GUERRA RUSO-JAPONESA. - El vapor *Smolensk*, de la flota voluntaria rusa que en el mar Rojo ha registrado varios buques mercantes alemanes é ingleses (de fotografía)

habían hecho allí ningún trabajo especial de defensa, ya que nunca pensaron en defender seriamente aquella posición.

Los japoneses tienen actualmente delante de Puerto Arthur dos divisiones con dos brigadas de reserva, á las que acaso se hayan reunido ya otra división y otras dos brigadas de reserva recientemente desembarcadas en Dalny, lo que da un total de 60.000 hombres con 180 cañones de campaña. Además, otra división que ha desembarcado últimamente en Kin-Cheú permanece por de pronto en el centro de la península de Liao-Tung dispuesta á reforzar el ejército del general Okú, al Norte, ó el ejército sitiador de Puerto Arthur, al Sur; y como el ejército del general Okú prosigue hasta ahora con éxito su marcha de avance, es probable que esta división vaya á la citada plaza, en cual caso los japoneses tendrán allí 80.000 hombres. Según parece, el día 24 de julio los sitiadores intentaron un ataque, trabándose con este motivo un combate reñidísimo, durante el cual una parte de la escuadra del almirante Togo atacó á va-

tro primeros como cruceros y los tres últimos como transportes.

En aguas de Puerto Arthur fué echado á pique el 16 de julio el vapor inglés *Hipsang*, que acababa de salir de Niu-Chuang con rumbo á Che-Fu: al pasar por delante de la bahía del Pigeon, á una distancia de menos de tres millas de la costa, los fuertes rusos dispararon los cuatro cañonazos de aviso para que se detuviera; pero lejos de hacerlo así, el vapor siguió su marcha á toda máquina, en vista de lo cual los cañones de la costa dispararon sobre él con bala. A pesar de esto, el *Hipsang*, no sólo no se detuvo, sino que contestó con fuego de fusilería, y entonces salió del puerto un torpedero que lo echó á pique, después de recoger á una parte del pasaje y de la tripulación.

La división naval rusa de Vladivostok ha terminado felizmente su excursión por las costas orientales japonesas y ha regresado á su base de operaciones sin haber sido molestada en lo más mínimo por los buques de guerra enemigos. El parte oficial del al-

mirante Skrydlof dice que la expresada división el día 20 de julio último echó á pique el barco japonés *Okassima-Maru*, visitando luego sucesivamente el barco inglés *Camara*, el vapor japonés *Kioduniu-Maru* y dos barcos de vela japoneses: estos dos últimos fueron destruidos; los demás quedaron en libertad. El 22 detuvo al buque alemán *Arabia*, cargado de harina y de material de ferrocarril, que fué apresado y enviado á Vladivostok. El 23 fué capturado el *Knight Commander* que no se detuvo hasta el cuarto cañonazo dirigido contra él y que llevaba los papeles de á bordo incompletos, si bien de ellos se deducía que practicaba el contrabando de guerra; era, por consiguiente, buena presa; pero en vista de la imposibilidad de hacerle llegar al puerto ruso más próximo, sin peligro manifiesto para el destacamento, á causa de la insuficiencia del carbón de que iba provisto, fué echado á pique después de haber desembarcado toda la tripulación y de haberse incautado los marinos rusos de todos sus documentos. El 24 y días siguientes destruyeron dos barcos de vela japoneses y un buque alemán, el *Tea*. El 30, cuando regresaba á Vladivostok, vió algunos buques de guerra y torpederos japoneses, con un guardacostas acorazado; pero éstos no pudieron darle alcance, entrando la división en el citado puerto sin haber sufrido la menor avería ni perdido un solo hombre.

Es inexplicable lo que sucede con esta división naval y la escuadra japonesa que manda el almirante Kamimura, que hasta ahora no ha podido impedir ni castigar ninguna de las varias correrías por aquella realizadas. Esta última vez, parecía natural, teniendo en cuenta lo mucho que se habían alejado los tres buques que componen la citada división, que el almirante japonés se apostara convenientemente (como podía hacerlo á sus anchas) cerca de Vladivostok, y al regresar los barcos rusos les impidiera la entrada en el puerto ó cuando menos les hiciera pagar caro su atrevimiento. Y sin embargo, nada de esto ha sucedido, y Kamimura, que podía escoger sus posiciones sabiendo por dónde había de volver aquella división, ha dejado escapar esta nueva y excelente ocasión que para derrotarla se le ofrecía.

Esta expedición ha sido en extremo desastrosa para los japoneses; tanto que, aparte de los barcos de vela destruidos, se calcula en 200.000 toneladas la cantidad de mercancías cuyo envío se ha retrasado y en 15 millones de yens las pérdidas en dinero.

En vista de que muchos japoneses se disfrazan de chinos para observar desde lo alto de las colinas los movimientos de las tropas rusas y hacer luego señales á sus patrullas, se ha dado orden á los soldados rusos de que hagan fuego contra los espías de esta clase á quienes vean en las alturas.—R.

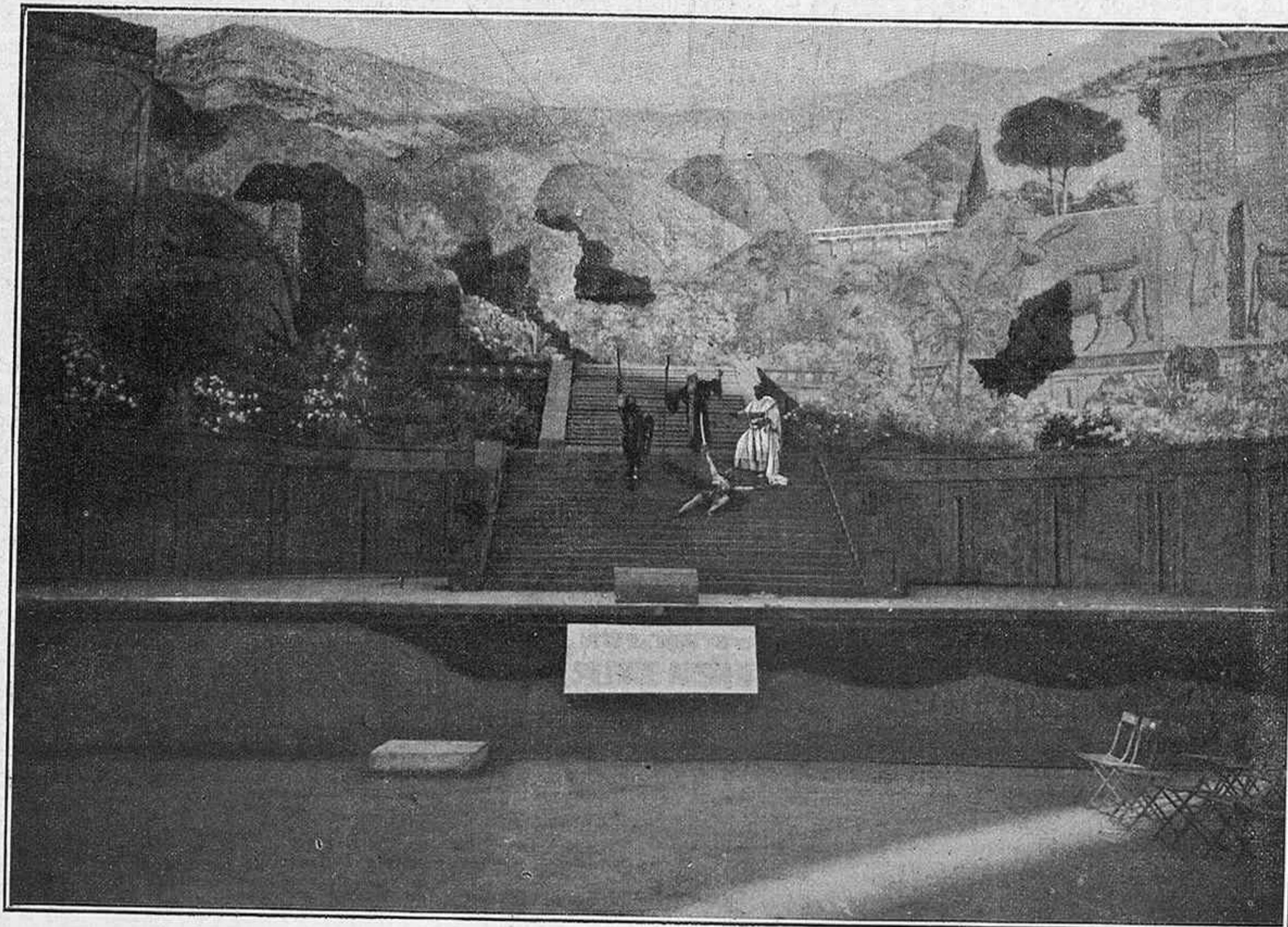
NUESTROS GRABADOS

Representación de «Semíramis» en el antiguo anfiteatro de Nimes.—El corresponsal de un importante diario parisiense describe este espectáculo en los siguientes términos: «Figuraos una decoración de 30 metros de alto que representa los jardines suspendidos de Babilonia; un triple escenario reunido por dos escaleras monumentales; una música que se dice tomada de las marchas reales de Lulli; doscientos figurantes que realmente sienten y expresan el interés de la acción; una elipse de 63 metros de profundidad y dentro de ella 16.000 espectadores, y tendréis una idea incompleta, pero suficiente, de la grandiosidad de estas representaciones que son verdaderas ceremonias.» La tragedia de Peladán plantea el conflicto entre la fatalidad del amor y el deber y el destino anterior de Semíramis. Esta, después de haber paseado por todo

el orbe sus legiones victoriosas, que la adoran con pasión mística y feroz, decide no combatir más, y en la languidez de su ocio se enamora del príncipe egipcio Keth-Aur, que se ha traído en rehenes de su última expedición. En vano el mago Urkam trata de destruir aquella pasión y de hacer ver á la reina el peligro á que se expone provocando la celosa cólera de las legiones, de quienes es la esposa mística; en vano el sacerdote Naram Pin suplica á Semíramis que no exponga á su patria á una revolución militar; en vano Zakir-Iddin, jefe de los ejércitos, que más que ninguno la ama, recurre al ruego y á la amenaza. Semíra-

en medio de los doctores, etc., que figuran en los principales museos de Europa.

Jardín del hotel Faraglioni, en Capri, cuadro de J. S. Elgood.—Con aplicar á este cuadro lo que recientemente hemos dicho acerca de otros dos del mismo género y del propio autor, puede darse por emitido el juicio que nos merece el lienzo de Elgood que hoy reproducimos. Hay en este jardín luz, ambiente, perspectiva, y contemplándolo nos parece ver el hermoso sol del Mediodía de Italia y respirar las deliciosas brisas del incomparable mar latino. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de una obra como la del celebrado pintor inglés?



REPRESENTACIÓN DE «SEMÍRAMIS», drama antiguo de Josefín Peladán, en las Arenas romanas de Nimes (Fotografía de León Bouet)

mis quiere vencer por su voluntad su destino anterior y cambiar el curso de su vida; pero el destino es más fuerte y la vence á ella: Zakir-Iddin reta y mata á Keth-Aur, y la reina, decidida á abandonar una vida en que los deseos se ven siempre contrariados, venga á su amante matando á Zakir y desapareciendo á los ojos del ejército bajo la forma de una paloma. Los cinco personajes citados fueron representados admirablemente por la señora Segond-Weber y los Sres. Lambert, Darmant, Liser y Dorival, que conquistaron entusiastas aplausos.

Gente moza, cuadro de L. R. Garrido.—Cada edad tiene su modo de ser especial que le imprime un verdadero carácter: la juventud es alegre, descuidada; la vejez, melancólica y reflexiva. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya jóvenes muy graves y ancianos muy divertidos; pero estos son casos excepcionales que no hacen sino confirmar la regla general. De aquí que cuando un artista quiera personificar en las figuras por él trazadas una determinada edad, habrá de buscar la nota característica de la misma, que es lo que ha hecho Garrido en su bellísimo cuadro, pintando esa simpática pareja con toda la frescura, toda la viveza y toda la gracia propias de los que se hallan en la primavera de la vida.

La bruja.—El despertar de Jesús, cuadros de Teodoro van Hove.—En el número 1.161 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de este famoso pintor belga, publicando algunos datos de su biografía y exponiendo el alto concepto que sus obras han merecido en el mundo del arte. Inútil es, por consiguiente, repetir lo que hace tan poco tiempo dijimos, y únicamente diremos que el cuadro *El despertar de Jesús* forma con los dos lienzos *San Lucas* y *San Juan Evangelista*, que en el citado número reprodujimos, un tríptico que actualmente pertenece á la princesa de Tour y Taxis.

El rey bebe, cuadro de Jacobo Jordaens.—Nació este pintor famoso en Amberes en 1594, y muy pronto demostró excepcionales dotes para el cultivo del arte, tanto que su maestro, Adam van Oort, le dió por esposa á su hija y le facilitó los recursos para que fuera á Italia. Allí estudió Jordaens principalmente las obras del Veronese, de Caravaggio y de Ticiano, y los cuadros que pintó á su regreso causaron general admiración y entusiasmaron á Rubens, el cual trabó con él íntima amistad y quiso tenerlo como colaborador. Juntos trabajaron una temporada, pero Jordaens valía demasiado para someterse á la inspiración ajena y le faltaba tiempo para ejecutar los muchos encargos que tenía; separáronse, pues, ambos artistas, y desde entonces Jordaens, que era trabajador infatigable y estaba dotado de una facilidad prodigiosa, pintó innumerables lienzos é hizo una fortuna considerable. En 1678 murió en la misma ciudad en donde había nacido. Este artista fué un adorador del natural; sus figuras están ampliamente tratadas y parece que respiran, hablan y se mueven; y en punto á colorido, nadie ha podido sobrepujarle en brillantez y energía. Entre sus principales obras se citan: *El rey bebe*, que reproducimos en el presente número, *Concierto*, *Pan y Esfinge*, *Retrato de un hombre armado, acompañado de sus pajes*, *Los Cuatro Evangelistas*, *Los mercaderes arrojados del templo*, *Una asamblea de hombres y mujeres sentados á la mesa*, *La huida á Egipto*, *El sátiro y el pasajero*, *Martirio de Santa Apolonia*, *Jesús*

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—La casa editorial «Instituto Oleográfico» ha publicado una hermosa oleografía, reproducción del magnífico retrato de S. S. Pío X tomado del natural, en el Vaticano, por el reputado pintor Antonio Utrillo. Es una obra bajo todos conceptos notable, copia fidelísima del original que tantos elogios mereció del Padre Santo.

Neurología.—Han fallecido:

El Rdo. P. Eduardo Llanas, Vicario General de las Escuelas Pías de España, eminente teólogo y hombre de ciencia, escritor y predicador notabilísimo, polemista hábil, autor de muy importantes obras, entre ellas *El laicismo*, *Idea verdadera de la Religión*, *Los seis días de la Creación* y *El Diluvio*.

Dr. Isac Roberts, fundador de la moderna fotografía celeste, que tan maravillosos descubrimientos ha permitido realizar á la astronomía.

BOUQUET FARNESE VIOLET

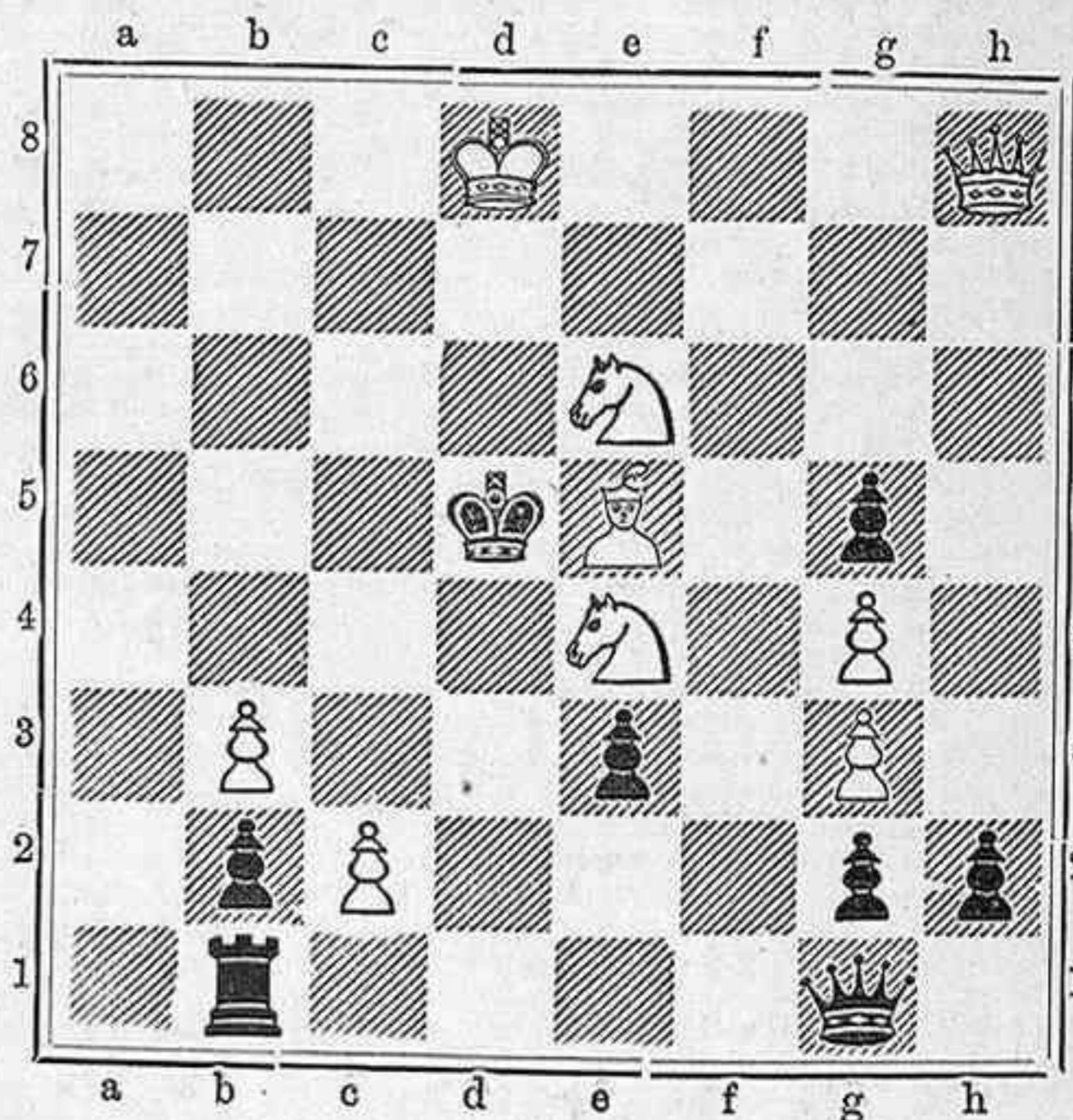
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 3. — LEMA: «Don Eskil.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 1. — «¡Oh, las matemáticas!»

1. Th3-a3, Af8-g7; 2. Ad1-g4 jaq., etc.

NOTA. — Esta es la solución dada por el autor; pero hay algunas contestaciones de las negras que hacen insoluble el problema.

ENVÍO N.º 2. — «Hiemi.»

1. Df8-g7, Ta4xg5; 2. Tf6xf5, etc. Re4xd5; 2. Ce2-c3 jaq., etc. Otra jug.; 2. Tf6-e6 jaq., etc.

(Se continuará)

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL

DE CARLOS MARÍA OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Todas estas interpretaciones pueden darse al rápido ademán con que el Cadenitas saludó el paso de Pantaleona, muy metida ésta en su esclavina de pieles baratas, con velillo á la cara y sombrero ajustado á la moda por sus hábiles manos... y á la sonrisa amistosa, al tender la diestra, luego de arrojar el incivil cigarrillo; y rechazados sus avances, con natural dignidad, á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella, dando á entender al público que era aquella conquista suya y segura. Pantaleona iba sola, porque más necesitada de compañía estaba la hermana enferma que su honestidad, y así se puso de mil colores y pasó angustias mortales; él la hablaba al oído, disculpándose, protestando contra la tiranía de misia Elvira y la oficiosidad incorrecta de Dolorcitas: si el pleito era entre los dos, ¿quién metía á los demás en el panderó? Él, palabra de honor, jamás creyó lo que las chismosas y calumniadoras inventaron; jamás, jamás, palabra de honor; ¡si, disgustado del paso atrevido de Dolorcitas y deseoso de arribar á un decoroso avenimiento, determinó de ir en demanda y oferta de mutuas explicaciones al Sr. Monreal!, porque olvidarla no podía, y soñaba día y noche con el delicioso *fresal* de su nuca. Lo menos tres docenas de poesías llevaba compuestas en su honor. Que le dijera, con noble franqueza, ahora que la casualidad les había reunido, qué pitos tocaba en la casa aquel condenado inquilino, que como fueran satisfactorias sus excusas, la daba á la mamá el gran disgusto haciendo las paces más sonadas que hicieron novios en el mundo.

No contestaba Pantaleona, alisando el manguito de felpa sobre la falda, y á cuanto él repitió, ya manso, enojado ú ofendido, ella no le hizo más caso que á un moscón que zumba: alisaba el manguito, miraba por la ventanilla de enfrente con afectado interés, tosía y bostezaba á posta, para enrabiarse más y darle á sentir su desprecio. Pero cuando éste quedó marcado y lo observaron los pocos viajeros que en la aburrida compañía cabeceaban, fué al presentar los billetes el mayoral: echó mano al bolsillo Jorgito y quiso pagar el suyo y el de la joven, no lo consintió ella, y como él insistiera, Pantaleona, fríamente, entregando el papelito de veinte centavos, cortó la cuestión diciendo:

—¡Caballero, muchas gracias! ¡Usted me dispensará si no acepto... ¡No tengo el honor de conocer á usted!

La cara de Jorgito mostró las mismas señales vergonzosas del que recibe una bofetada; como si, en efecto, la hubiera recibido, se corrió de manera que no volvió á chistar: mordióse el bigotillo, y no se estaba quieto, por guardar la mayor compostura que el desaire consentía: hubo un momento en que le sofocó el amor propio, y se inclinó hacia Pantaleona con ánimo de soltarla cuatro frescas, de decirle que á él, Jorgito Cadenas, ninguna *piruja* le faltaba, y menos quien daba tanto gusto á las lenguas conduciéndose como la más desenvuelta mujerzuela... Pero la *piruja* guardaba el ceño fruncido, y le pareció



... á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella

que no debía provocarla á una disputa en plena calle: la miró con sorna, carraspeó con insolencia y abandonó el asiento; luego, se apeó, desapareciendo ignominiosamente.

—¡Tipo!, ¡retipo!, le despidió la joven mentalmente sin inmutarse ni volver la cabeza. ¡Cobardón! ¡Que haya podido yo quererle!

Aquí vendría de perilla un discurso psicológico, bien enrevesado para que pareciese más profundo, explicando ó tratando de explicar las causas del desvío de Pantaleona, y las etapas (así creo que debe de decirse) que siguió hasta estallar en la forma que se ha visto; pero hay almas transparentes que rechazan todo estudio por inútil, y la de la cándida hermana de misia Jeromita no ocultaba que el afrentoso carpetazo de Jorgito, hiriéndola en lo más sensible, en lo que más duele, en su orgullo de mujer, mató el amor que le tenía, amor de tan escasas raíces, en verdad (y cúltese de ello á la decadente poesía del mancebo), que más daño la hizo á Pantaleona la ofensa, que el arrancárselo. Así quedó satisfecha de haberla vengado, muy tranquila; y figurándosele por esas calles hecho un toro, se decía:

—Si no puede ser que yo haya querido á este tipejo, tan estúpido, tan desabrido... ¡Qué cara ha puesto! ¡Cuánto me alegro! ¡Toma, toma!

Es lo cierto que bajó Pantaleona en la calle de Montevideo, y con paso vivo se encaminó á la casa del primo Monreal, sabiéndole á nuevo cuanto veía, sin duda por la influencia del aire de la libertad; seguramente que estaría el primo: eran las diez y media. Pues, á las diez y media daba él su última vuelta en la alcoba y se sentaba á leer los periódicos, hasta las once, que salía á almorzar; á las doce en punto entraba en su oficina. Iba á encontrarle, pues, leyendo, y le daría un susto... Andaba la joven por la acera del sol, que calentaba poco, buscando el número, porque estas casas de planta baja todas se parecen; al fin la descubrió y no tuvo necesidad de tocar el llamador, porque misia Mercedes estaba en el patio escarpando sus tiestos. ¡Qué sorpresa y desagrado para Pantaleona cuando la comunicó misia Mercedes que el Sr. D. Nepomuceno había salido á eso de las nueve, sin dejar dicho si volvería ó no volvería!

—¿Y adónde le busco yo ahora?, exclamó la muchacha dando una patadita.

—Espérole usted aquí, mi vida, cantó la señora que era del propio Corrientes y á quien el ostracismo bonaerense no la había despegado la tonadilla ni la costumbre de los motes dulzones, puede que venga antes de media hora; pase usted á la sala, corazón: dichosos los ojos que la ven á usted, lucero...

Siguió muy contrariada Pantaleona á misia Merce-

des hasta la salita en que la amable viuda del vista de Aduana la invitó á sentarse, y allí supo, entre un chaparrón de poéticos dictados, que el señor Monreal se había echado á perder de modo que nadie le conociera: el hombre tranquilo y metódico no existía ya; de dos meses á esta parte dió un cambio extraordinario: llegaba á deshora, trasnochaba, se levantaba tarde y andaba malhumorado; recibía cartas casi todos los días, de la ciudad, y cada carta le ponía peor... A veces escribía hasta las tantas. En fin, que era otro, enteramente.

—Para darle á usted una prueba, mi vida, de cómo está el hombre, diré á usted que esta mañana, sin ir más lejos, tuvimos unas palabras... Usted sabe, mi vida, cuál ha sido mi posición, y que si mi esposo viviera no me vería yo alquilando piezas. Pues el santo varón, empeñado en que no se le limpia el cuarto... A ver, estrella mía, ¿voy yo á ponerme ahora de barrendera? Demasiado hago con arrear á Zenona, que me saca la indina canas verdes.

Las mostró la viuda, con vivo ademán, y eran verdes, en efecto, del mal tinte que les daba. Su rostro alargado, la fina piel, los ojos inmensos y el buen tallo expresaban elocuentemente que las pasadas primaveras de la dama correntina debieron de ser de rechupete.

—Si hubiera dejado la llave Nepomuceno y usted me lo permitiese..., indicó Pantaleona.

—Con mucho gusto, sol mío; vamos allá.

Estaba la llave colgada de una escarpia, detrás del pintado zarzo en que se enredaba un soberbio jazmín, y misia Mercedes la cogió diciendo:

—No sé si habrá hecho la cama Zenona. ¡Ay, mi vida, estas chinas dan un trabajo!..

—¡Santo cielo! Las dos habitaciones aquellas, que eran las de la calle, semejaban una perrera; tan revuelto, desordenado y sucio aparecía todo: ni escoba ni plumero entraron en los dos meses, seguramente, y si hubo manos que en algo quisieron probar que se ocupaban, fué en la correcta alineación sobre la cómoda de las fotografías de Pantaleona y el lazo fúnebre que coronaba el alanceado retrato de María del Socorro, la beata. Espantóse la muchacha á la vista de aquel nido, digno de un *carancho*, el pajarra-co que por acá disfruta de mejor fama de gorrino, y pidió á voces instrumentos de limpieza: se quitó los guantes y el sombrero, se lió en la cabeza un pañuelo y á guisa de delantal una toalla...

—¡Pero, estrellita mía, se va usted á poner perdida!, exclamó horrorizada misia Mercedes.

Escoba en mano, arremetió Pantaleona contra la porquería, y la desalojó de sus posiciones, persiguiéndola en sus más recónditas guaridas: formó el polvo espesa nube; misia Mercedes huyó tosiendo lastimo-

samente, y tras de ella, á sendos plumerazos, los últimos átomos, que la corriente de ambas ventanas ayudaba á barrer; luego puso orden la muchacha en las prendas de vestir, que cepilló, limpió y dobló con mucho primor; lustró el espejo, fregó el lavabo... Y habiendo hallado una aguja mohosa, se sentó á coser unos siete del forro del gabán, muy encarnada por la fatiga, pero satisfecha de su victoria.

Dando una puntada, sintió pasos en el zaguán, que se le figuraron ser los de D. Nepomuceno, y se escondió con infantil picardía, y le hizo *Cucú*... Así que entró el primo, sorprendido del aliño de la habitación, Pantaleona asomó la bonita cabeza por la abertura de la cortina, y repitió:

—¡Cucú! Soy yo. ¿Quién podía realizar el milagro? Buenos días, Nepomuceno.

Grandes fueron el asombro, el alborozo y el susto de Monreal. Aquel extraño impulso que sentía siempre cerca de la primita, de besarla los lunares rojos, gracioso emblema de su hermosura, y que la costumbre de dominarse contenía fácilmente, lo experimentó ahora con mayor fuerza: en medio de la pieza, los brazos extendidos, bañada la media cara en alegre luz, exclamó:

—¡Leoncita! ¿aquí? ¡Ay, qué gusto! Hoy que esperaba tu carta, antes de ir... Pero ¿ha sucedido algo? ¿Qué ha sucedido?

—Mucho y malo, contestó rápidamente Pantaleona; ya comprenderás que mi presencia no puede ser de buen agüero. Vengo á buscarte, por encargo de Jerónima... La mina reventó al fin, por donde menos se pensaba.

—Ese hombre..., insinuó Monreal tragando saliva.

—¡Su marido, Nepomuceno, su marido!, rectificó la joven con aspavientos.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, me lo ha dicho. Y me ha explicado la razón del tapujo. ¿Lo sabías tú también?

Monreal se calló. Luego, con trabajo y visible disgusto, declaró:

—Lo sabía. Es su marido. Jerónima no te ha mentado.

—Bueno; entonces ¿qué significa esa afirmación de tu carta de ayer, sobre la próxima y segura partida del Sr. Lucca? ¡Explícame, Nepomuceno, dime la verdad! Este es un enredo que no comprendo. Me dan ganas de llorar... ¡Como si no hubiera ya llorado bastante! ¡Mira qué cara traigo, y di si esta Leona es la misma del Jueves Santo, aquel de tu última visita! ¡Ay, Dios mío!

D. Juan Nepomuceno la cogió cariñosamente las manos, y sentados en el sofá, ya más tranquilo, la habló él así:

—Ante todo, hija mía, no me preguntes nada. Conténtate con lo que sabes, que es ya bastante para disculpar la conducta de Jerónima en lo tocante al agravio que se creyó hecho á la moral. Ese señor Lucca es su marido, ¿qué quieres? Extravíos injustificables, pero que no hay más remedio que perdonar... ¿Cuál es, pues, el enredo aquí? La afirmación de mi carta! Ella se refiere, sencillamente, á que los informes del Sr. Lucca no son favorables: por consiguiente, si de los tales informes se entera, como ha de enterarse, Jerónima, y de eso respondo yo, la situación del Sr. Lucca quedará muy comprometida. Y será lo que Dios quiera. Nada más, hija, nada más. Hoy pensaba ir yo, sin dilación. Ayer la encontré, á Jerónima, y la hubiera hablado, si ella no lo evita. Porque tengo de hablarla de cosas muy graves, gravísimas... ¡Pobre Jerónima! ¡He pasado unas noches!.. Tus cartas me volvían loco. ¡Tu ignominiosa prisión, tu desesperada protesta, tus luchas, tus voces de auxilio! Y yo atado, Leoncita, atado, créemelo. ¿Qué adelantábamos con provocar á Jerónima? Jerónima ciega, rabiosa, loca... ¿Qué hacía yo de ti? ¿Te sacaba de casa de tu hermana para traerte conmigo? Imposible, imposible. Teníamos que esperar, y sufrir esperando... Pero ahora no hay que esperar más. Volvamos al objeto de tu venida, que me alegra, porque te veo después de tanto tiempo, y me asusta á la vez: ¿qué ha sucedido? ¡Jerónima me llama, Jerónima se ha confiado á ti! ¿Qué ocurre, Leoncita, qué ocurre?

—¿Qué? ¡Pues, nada, Nepomuceno! Figúrate...

Cada vez que Monreal quería ocultar una emoción, volvía la cara del lado que asombraba la mancha vinosa, de modo de presentar al interlocutor la media faz muda é inmóvil; la relación de los inauditos sucesos de la noche anterior no reflejó nada en ella, y creyérsele indiferente si con frecuencia no levantara su mano la canosa perilla, hasta morderla en la punta.

—Figúrate..., decía Pantaleona, ¿cómo no olvidarlo todo?, ¿cómo no perdonarla?

Monreal dió una palmada.

¿Conque la ha pegado? Bien, bien. ¡No es mal cas-

tigo para ella, que se lo ha buscado ciegamente! ¡Y ahora se acuerda de mí!..

—¡Ay! ¿Te niegas á ir, Nepomuceno? No seas rencoroso: mira, que aunque sea á lazo te he de llevar.

—No, si no me niego, al contrario. Lo de anoche y la nueva actitud de Jerónima ayudarán á precipitar la solución.

—Eso es otra cosa. Y arreglarás todo muy bien...

Tan bien, que, si gracias á esos horribles informes de la ferretería, se lograba que el italiano emigrara de la casa, mejor que mejor. Porque, aun sabiéndole marido de misia Jerónima, no lo podía ella pasar, de veras, y la vida en común la repugnaba tanto ó más que antes. Luego, lo indispensable y lo urgente era mudarse, salir del Caballito, paraíso que fué de su juventud, hoy infierno de chismes: no, no quería vivir en el Caballito, no quería volver á ver á las Cadenas, tropezarse con ellas á cada rato, y con el tal Jorgito, como ahora en el tranvía... Halló alegre sonrisa para contar el paso del tranvía, y D. Nepomuceno, distraído bruscamente de sus preocupaciones, se rió también, y sufrió el nuevo acosón del deseo en los labios indiscretos.

—¡Le despediste!, dijo conteniéndose y apartándose de ella. ¡Bravo! ¡Así, así; duro con él!

—¿Y entonces? ¿Después de lo que hizo? Soy yo tan orgullosa, que aun estando enamorada de él le hubiera tratado lo mismo. Y no lo estoy, ni lo estuve, cuando por aquí no pasa un alma. Ahora, Nepomuceno, quedarás satisfecho, tú que le odiabas tanto, que le tenías celos... Y cuando enviudes, como pretendía la pobre Bastiana, podrás casarte conmigo...

—¡Qué atrocidad! ¡Leoncita!

Del respingo, Monreal se fué al extremo del sofá. Pantaleona reprimió una carcajada.

—¡Miren el vejestorio! Así te lo hicieran bueno, ché. Por lo menos, habría aquí más limpieza, orden... y etcétera, señor primo.

—Déjate de bromas, dijo D. Nepomuceno gravemente, volviendo la parte oscura del rostro, con alarmante temblorillo de la ceja. Bastiana ha dicho un disparate y tú desbarras repitiéndolo. ¡Espantoso disparate, Leoncita! Yo te quiero..., pero no de ese modo. Y tú me quieres también...

—También, y ¿lo digo?, ¿lo digo? Pues, sin los sesenta años, me gustarías mucho, Nepomuceno.

—¡Leona, Leoncita! Cállate, que me enojaré de veras. ¿Estaremos locos todos, como Jerónima?

Se acercó á ella, y de nuevo la cogió la mano, armada todavía de la aguja. Y acariciándola suavemente, añadió:

—¿No has de quererme, si puedes y debes considerarme como á tu padre? Me contento con que me quieras así, Leoncita. Yo también, yo también te considero á ti como á una hija... Te lo he probado y te lo probaré. En verdad que cuando vienes, todo lo perfumas é iluminas: te vas y se oscurece el cuarto, pero queda embalsamado. Estos dos meses han sido de muerte para mí... ¿Y á que no has observado una cosa, Leoncita? Por algo ha salido hoy el sol y estás aquí: ¿de qué color es mi corbata? ¿y mi traje? ¿y el lazo aquel de ese retrato?

—¡Ah!, exclamó la joven, asustada. ¡Te has puesto luto, Nepomuceno! ¡Has envidiado! ¡Socorrito ha muerto!

—Ha muerto ayer. Esta mañana recibí el telegrama.

Sobrecogida, Pantaleona miraba el maltratado retrato de la beata, que entre las señales de su martirio, cortes horribles y despellejaduras, mostraba los ojos hermosos, la boca fina, de hundidas comisuras; recordaba haber oído decir que poseía también una mata de pelo extraordinaria, que tocaba al suelo, y para peinarla hacíanla subir en una silla y tenerse tiesa una hora, mientras la alisaban y trenzaban. Nunca se enteró Pantaleona de las picardías que pudo cometer la prima Socorrito para disculpar el odio y la separación de D. Nepomuceno; no la conocía tampoco, sino de nombre: asimismo, sintió mucha pena, y suspiraba mirándola. Monreal recordaba su alegría...

Muerta, sí, señor. Bastante había tardado en entregar el alma al diablo, su padrino. Ya estaba libre de ella, y la pensión forzosa que la servía, suprimida. ¡Qué alivio! Cuando leyó el despacho, lo creyó mentiroso traductor de su deseo, y convencido al fin, se vistió de negro, decente transacción á que cedía muy á gusto, y fué á poner el pésame á uno de sus cuñados, Luis, oficial segundo de Correos en Catamarca y único de la familia con quien conservaba tibia relación; al feroz D. Tadeo ni le escribiría siquiera. ¡Buena pieza la tal Socorrito! ¡Que en paz descanse!

—¡Jesús, Nepomuceno!, exclamó Pantaleona. ¡Que hables así, muerta y todo la pobre! ¿Qué te hizo, á ver?

Resopló Monreal, triturando la punta de su peri-

lla. Y como no respondiera, la joven interpretó aquel silencio por elocuente pregón de las culpas de la difunta, las que debieron ser tales, que repugnaba la castidad de sus oídos; se ruborizó de su indiscreción, que le pareció tan grave como incómodo el recuerdo de la prima, sombra que entre los dos, en el mismo sofá, alzabase iracunda, y sintió extraña alarma de su pudor, viéndose sola en aquel cuarto, algo que jamás sintiera, vergüenza también de su abandono, de sus excesos de confianza con el que ella motejaba inocentemente de mil cariñosas maneras, de sus bromas candorosas, de todo cuanto formara hasta allí la levadura de su afecto por Monreal, el primo á quien los sesenta años no pesaban tanto, libre ya de la esclavitud de Socorrito... Se puso de pie, repentinamente, diciendo que se marchaba porque misia Jerónima estaría desesperada y sabe Dios lo que habría ocurrido; antes que Monreal indicara la idea de acompañarla, puesto que á buscarle vino, anticipóse ella á proponer que fuese después, porque los que les vieran juntos murmurarían, de seguro.

—¿El qué?, saltó el viejo descompuesto. ¿No son mis canas bastante garantía? ¡Qué inocente aprensión! Si se atrevieran... ¡No desbarres, Leoncita, por favor! Si supieras lo que dices... De todos modos, no te acompañaré; tengo antes que tomar un bocado, y pasarme luego por el Ministerio á prevenir que hoy faltará á la oficina: los empleados, hija mía, esclavos somos de la oficina y del jefe. ¡Mal haya quien me dió el primer empleo y me inutilizó por la vida! Yo no soy un hombre, soy una máquina, una máquina con los muelles enmohecidos ya. Hasta luego, Leoncita, y muchas gracias por los escobazos y los plumerazos de tus diligentes, preciosas y adoradas manos. A Jerónima, que aguarde. Y cuidado con hacer barullo... Daría cualquier cosa por no tener que habérmelas con este desgraciadísimo asunto, que urge resolver, sin embargo. Dime, el otro, el gringo, ¿está allí?

—Si no sé...

—Pues si no está, mejor. Sería conveniente que no estuviera.

Con palabras embozadas expresó lo grave del conflicto, lo vergonzoso de la situación, el desagrado que le causaba y la poca gracia de intervenir él, hombre pacífico, en lío semejante. Sólo por el honor de la familia, por el cariño de sus dos primas. Pantaleona dijo:

—Que no te arrepientas, ¿eh? No contamos sino contigo: ignoro cómo lo arreglarán ustedes, ni qué clase de arreglo pueda tener...

—¡Ah!, contestó Monreal, amenazador. ¡En cuanto á eso, descuida! Ya verás si sirvo yo para diplomático. Pero no me preguntes nada, nada.

Y suavizando el tono, la mirada y la expresión de su fisonomía, repuso:

—¡Adiós, picarona! ¿Conque rehusas la compañía del primo viejo? ¡Ah, tonta! ¡Ah, inocente! Ya me las pagarás.

Temió la joven que se apoderase de su mano otra vez, y la singular alarma creció de modo que, por no ofenderle abiertamente, evitó la ocasión encerrándola en el manguito y salió á escape, muy turbada y hasta furiosa consigo misma de aquellas desatinadas ideas que la muerte de María del Socorro había engendrado. Nunca, nunca se la ocurrió tal cosa del primo Nepomuceno: ¿por qué ahora?, ¿por qué?... Don Nepomuceno la despidió en el mismo portal, y se entretuvo en admirar su gracioso meneo por la acera; andaba tan de prisa que en dos minutos la perdió de vista, pero él permaneció parado, como si la distinguiera aún, atusándose la perilla. Cuando entraba en el patio, vió á misia Mercedes entre sus tiestos, la que trató de ocultar, con pudoroso movimiento, un atroz cigarro de hoja, resabio de sus malas costumbres provincianas, no tan diestramente que él no lo descubriera.

—Eche usted su cigarrillo sin temor, señora, dijo D. Nepomuceno. ¿Tiene usted vergüenza de mí? ¡No es la primera vez! ¡Gran noticia, misia Mercedes, ha muerto mi mujer!

—Le felicito á usted Sr. Monreal, contestó la viuda, metiendo en la boca la tagarnina; nunca es tarde, Sr. Monreal... Ya conoce usted el refrán.

Penetró el digno empleado de Hacienda en su habitación, cogió el retrato de Socorrito y le partió en cuatro pedazos. Luego arrojó los cuatro pedazos al cubo, y sobre él la última maldición. Negras reflexiones debieron asaltarle, porque se sentó en el extremo del sofá donde Pantaleona había estado sentada, y se estuvo, las manos cruzadas, los ojos fijos, gran rato; el aroma de la joven, subiendo á sus narices, como las ondas de sagrado pebetero, ahuyentó las negras ideas, le mareó, arrancóle dulce sonrisa... Y encaminándose hacia la cómoda, uno tras otro, sobre cada fotografía, depositó largo beso, figurando-

se, con amorosa ilusión, que no era en la fría cartulina donde pegaba sus labios, sino en la tibia y moteada nuca de Leoncita.

Dióse prisa, en seguida, por cumplir el arduo encargo que recibiera, y con la mecánica parsimonia de costumbre se puso el sombrero sin cepillar, echó la llave á la puerta y la colgó en la escarpia, detrás del zarzo, avisó á misia Mercedes que salía y se fué por la calle de Cuyo al centro, á la fonda donde era pensionista de muchos años, y que substituía más ó menos limpia, económica y acertadamente, con mayor ó menor gusto del paladar y salud del estómago, la mesa propia, siempre desecada, de que le privó su triste estado de solterón (pues por tal podía contarse), con otros goces domésticos también apetecidos de su carácter blando y sus morigeradas costumbres.

Creo que han derribado ya aquella casa de la calle de Cuyo, en que estuvo instalada la *Antigua Fonda Española*, de Benito Romacha. Era de las bajas, de azotea, y aparecía pintada de color de rosa, con dos banderas cruzadas debajo del letrero *Se sirven viandas á domicilio*, entre las dos puertas que, por escalones gastados y sucios, daban acceso á la sala; ésta, vestida de papel con flores amarillas y encarnadas, tenía hasta media docena de mesitas, en que lo basto del servicio no excluía la pulcritud de que se envanecía doña Manuela, la viuda de Romacha, entronizada siempre en el mostrador del fondo, tan gorda y reluciente como una manzana de su tierra, que era la propia Reinosa, para servir á ustedes. Tenía además la sala una bonita lámpara de gas, envuelta casi toda ella en rosados tules por temor de moscas, y sobre las paredes una legión de grabados de la guerra de Africa, descollando el retrato de Prim en colores...

El más antiguo pensionista era Monreal. El vió morir á D. Benito, el montañés francote y bondadoso, crecer á las dos chicas, Pepita y Carmen, á Pepita casarse muy bien con un tendero acomodado, y á Carmen con un estudiante, que fué luego médico y andaba arrastrado en coche; vió Monreal refrescar la patriótica decoración de la sala cuatro veces bien contadas y conoció diez y ocho mozos y no sé cuántos parroquianos: la mesa de la derecha, junto al mostrador, se la destinaban á él, y de su aseo y buen servicio cuidaba la misma doña Manuela, que consideraba al empleado como de su familia, y á quien consolaba de sus tristezas de hombre solo con muy atinados consejos, porque era la de Reinosa de tan sano corazón, que igualaba sus propias mejillas.

Pues aquella mañana, 1.º de junio, apenas entró D. Nepomuceno, enlutado y grave, doña Manuela se asustó, creyendo que á las señoras primas del Caballito, de quienes tanto bueno le oía hablar, las hubiera ocurrido alguna desgracia; también el mozo, servilleta al hombro, le salió al encuentro, solícito y preguntón... Dió los buenos días Monreal y anunció:

—¡Mi mujer ha muerto!

—Sea enhorabuena, D. Juan, exclamó alegremente la fondista, ahora descansará usted.

—Albricias, Sr. D. Juan, dijo el mozo, por muchos años.

No había en la sala otros parroquianos, y ama y mozo se despacharon á su sabor comentando el suceso feliz que de tamaño peso libraba al pobre hombre; doña Manuela dispuso festejarlo con un Jerez abocado, de que gustaba mucho Monreal, pero él se negó con breves palabras: apenas sonrió á la ocurrencia del mozo, que no quiso traer calamares con su tinta por parecerle plato de duelo. El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar ni de comer.

—Pero, D. Juan, observó la viuda de Romacha, está usted más triste que nunca, y lleva usted una temporadita... Cuando debiera usted bailar de cabeza..., sin agravio para la difunta, á quien no he conocido sino por los malos recuerdos que ha hecho usted siempre de ella.

—Siempre, sí, doña Manuela, dijo Monreal; pero no se saca uno un clavo sin que la fatalidad meta otro en su lugar, y clavado se vive, y clavado, entre cuatro tablas, le llevan á uno á la sepultura... ¿Qué tal va Carmencita? ¿Salió bien de su cuidado?

—Muy bien; ha parido un muchachón que espanta de grande.

Dejó desbordar doña Manuela la espita de su orgullo maternal, y entre tanto D. Nepomuceno apenas probaba los platos que el amable mozo le ponía de-

lante, contestando con síes distraídos y mirando, como si jamás lo hubiese visto, el cuadro de enfrente.

Tenía Monreal sus secretas razones para estar pensativo. Sólo de acordarse de la prima mayor (y no se le despegaba un punto de la imaginación) se le caían las alas; esto á pesar de que, humillada y corrida, era ella quien lo solicitaba, después de quebrar con él altanera y haber hecho *lo que la daba la gana* de modo tan desastroso, y á pesar de que las estupendas declaraciones de Pietro Calli y Giacomo Verola, que le pasaron, indignaron y encolerizaron hasta decidirle á ir al Caballito, él, el flojo, el paca-to y el maula, le prestaban fuerza incontrastable y



El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar

aseguraban el triunfo de su *idea*, puesta en peligro por la ligereza y el tardío acceso amoroso de misia Jeromita y que él juzgó perdida y por perdida la tuvo hasta su visita á la ferretería en la tarde del 30 de mayo... Cubrióse Monreal los ojos con ambas manos, sufriendo el vaho de cebolla frita que subía del plato, y reconstituyó la escena de la trastienda, el gesticular de Giacomo y sus dicerios contra el bonito Fortunato, la pasiva aquiescencia de Pietro y sus *eccos* de conformidad en todos los extremos del relato indigno, su propio enojo, sus amenazas de castigo, las súplicas de ambos en premio de su sinceridad. Luego, cuanto anduvo é imaginó para deshacer la trama sin ruido, y la valerosa resolución de presentarse en el Caballito. Indudablemente, lo que era baldón y oprobio para la prima mayor, vilmente engañada, importaba la continuación del pacto de familia, la seguridad del porvenir de Leona...

Apartó las manos D. Nepomuceno, y vió junto á sí á doña Manuela, que le interrogaba afectuosa por su desgana y sus cavilaciones. ¿Qué le pasaba al señor Monreal, que ni un grano de arroz había catado? Preocupábanle mucho las tristezas de su parroquiano, y hacía dos meses que éstas iban de mal en peor: ¿lloraba la desgracia de su mujer ó sus esperanzas de jubilado? Sentóse en una silla próxima, tejiendo con unos palillos un gorro de lana para el nieto, sin perder pisada del mozo, ni bocado de los dos pensionistas que habían entrado mientras divagaba Monreal en sus reflexiones.

—Señora doña Manuela, dijo D. Nepomuceno metiendo la enrollada servilleta en el anillo de hueso: ya comprenderá usted que cuando un hombre se olvida, como yo, de disfrazar la cara ante el público, es que muy graves cosas le pasan; si de estas cosas pudiera usted sacarme con bien, á usted acudiría, ¡porque mire usted que nos conocemos de años!, eche usted la cuenta: Pepita y Carmencita tenían seis ú ocho, y el pobre D. Benito no pensaba aún morir-se de su pulmonía... Pues mientras todo se ha transformado á mi alrededor, y unos se han casado, otros han fallecido, los demás subieron ó bajaron, yo soy el mismo empleado de Hacienda, petrificado en su

puesto y que sólo espera la jubilación y la muerte; el hijo del Estado sin voluntad, sin independencia y sin ilusiones de fortuna, como no sea por los caminos del prevaricato, que me veda mi limpia y honrada historia. ¿No ha de entristecerme, señora, esta inmovilidad mía, en medio del torbellino de progreso que á todos arrastra, á ustedes los Romacha los primeros, que yo les conocí pobrecitos y hoy no le cortan á usted un brazo por menos de cincuenta mil pesos... sí, señora, sí..., esta inmovilidad, digo, y la exposición diaria á un puntapié ministerial que me arroje á la calle sin más defensa que estos dos brazos inútiles, no por enfermos, sino por perezosos?

Inválido de oficina, ¿á qué asilo me acogeré? ¡Ay, doña Manuela, las abejas matan á los zánganos y hacen bien!

—Siempre ha dicho usted lo mismo, observó la fondista, que compadecía el sospechado desequilibrio del cliente; y que usted debía de ser diputado, por lo menos...

—Naturalmente, afirmó animándose Monreal; ahí está mi error, que pude meterme en política y no me metí, ¡pues no era todopoderoso mi tío Rodríguez de Eneene! Si en la época de su influencia abro yo la boca, saco lo que quiero, lo que hubiera querido, doña Manuela; pero ya me lo decía mi tía Damiana: «Hijo, ¿adónde vas con el trapo sucio de tu mujer?» Y no fuí á ninguna parte... Se ha muerto tarde, demasiado tarde.

—De todos modos, usted no es hombre de lectura ni de estudios, D. Juan, y me parece que ya nació así, destinado á no moverse, á quedarse donde le pusieran, y dé usted gracias que su tío Eneene le puso donde está y que no ha habido ministro que le tocara.

—Las doy, señora, todos los días al levantarme: Gracias, Señor, porque me conservas mi empleo y le quitas al ministro la mala idea de suprimirme... En cuanto á eso de que no soy hombre de lectura, ¿se necesita, acaso, el acreditarlo para ocupar cargos públicos? Al contrario, si creo yo que estorba. ¿Quién lee hoy día, señora, otro impreso que los periódicos?, pues ninguno más abonado que yo, que ni los avisos de mi *Opinión* y de mi *Cotidiano* perdono. En una banca del Congreso haría yo el mismo papel de muchos, y quizá más airoso... Esto de la incertidumbre del mañana carcome la vida, señora: me faltan

aún dos años para alcanzar la jubilación. ¿La alcanzaré? ¡Dios sabe! Está uno á lo que Él disponga, sin que las admirables facultades que nos dió para guiarnos y ayudarnos, nos sirvan de nada á los Pérez Orza de mi clase (yo soy hijo de una Pérez Orza, Eufrosia, la hermana de D. Jesús). A veces, quisiera amputarme las dos manos para dar una disculpa decente á mi conciencia. ¿Cómo he de trabajar en esta colmena, si soy manco y no puedo valerme? Y aun así, debería trabajar con los pies, que hay quien toca instrumentos y pinta con ellos muy diestramente.

Se rió la de Romacha de aquellos resquemores que la propia inutilidad despertaba á menudo en D. Nepomuceno, y le dejó para atender su mostrador. El cayó de nuevo en su melancolía, y triturando el mondadietes y acariciando la perilla se quedara adormilado, si no sonaran las doce en el reloj que debajo de Prim marcaba el tiempo con su reluciente péndulo de metal.

Con algún atolondramiento se levantó D. Nepomuceno, y saludando á doña Manuela y al mozo, salió de la fonda. El sol le ofuscó en la calle, y le aturdió más el ruidoso movimiento de las humanas abejas en plena labor; aquellas excusas que le sirvieron para disculpar su tristeza ante la viuda preguntona, le picotearon cual si realmente se hubieran convertido en los agentes encargados de dar muerte al zángano mayor que existió en colmena alguna, y él agachaba la cabeza de reo que á su suerte se resigna: no merecían otro premio sus sesenta años de vida vegetativa. ¿Qué le debía la patria? Unas cuantas resmas de papel, llenas de garrapatos ociosos, que la polilla tranquilamente comería en el rincón de empolvado archivo... Muchas veces, en los momentos más crueles de aplanamiento moral, sentía D. Nepomuceno el vacío de su existencia, y ciertamente si á las angustias del alma desorientada se agregan las del estómago, da con su cuerpo en el fondo del río. Es decir que, falto de sueldo, moriría como si el aire ó el alimento le faltaran, pájaro olvidado en la rama y que dejó papá Estado con tamaño pico para llenar el buche de otros tragaldabas.

(Continuará)

LA REAL FÁBRICA DE PORCELANAS

DE BERLÍN

Así como puede irse á Roma por muchas partes, así también un mismo problema puede resolverse de diversos modos.



Objeto decorativo de porcelana y oro, proyectado y ejecutado por Lorenzo Lang

Hace cincuenta años, en la Real Fábrica de porcelanas de Berlín sólo se conocían una clase de material, un procedimiento y un estilo decorativo. El material era la porcelana dura; el adorno consistía en la pintura al crisol, combinada con oro puro.

Pero de algún tiempo á esta parte, aquella manufactura, sin abandonar el procedimiento antiguo, del que ya se sabe positivamente que conduce al objeto que se desea, se dedica á buscar otros caminos que le conduzcan al mismo fin.

En 1886, todo lo referente á material y colores se puso bajo la dirección del famoso químico Heinecke, que realizó grandes progresos; y cuando se hubo conseguido esto, buscóse al artista que había de dar vida á los materiales.

Fué entonces nombrado con este carácter el profesor Alejandro Kips, comenzando con él el verdadero florecimiento de la Real manufactura.

En la Exposición Universal de Chicago celebrada en 1893 resolvióse el problema de dar forma artística á la porcelana dura, dentro del estilo *rococo*, que es el que mejor se ajusta á este material y el que se ha cultivado con preferencia en aquella fábrica hasta ahora.

Los progresos realizados ya desde el punto de vista artístico corren parejas con los conseguidos en la parte técnica; en efecto, se ha inventado una masa más blanda y que se puede modelar más fácilmente que la porcelana dura; con esta materia se fabrican preciosos objetos que son verdaderos cuadros, cuyos asuntos están to-

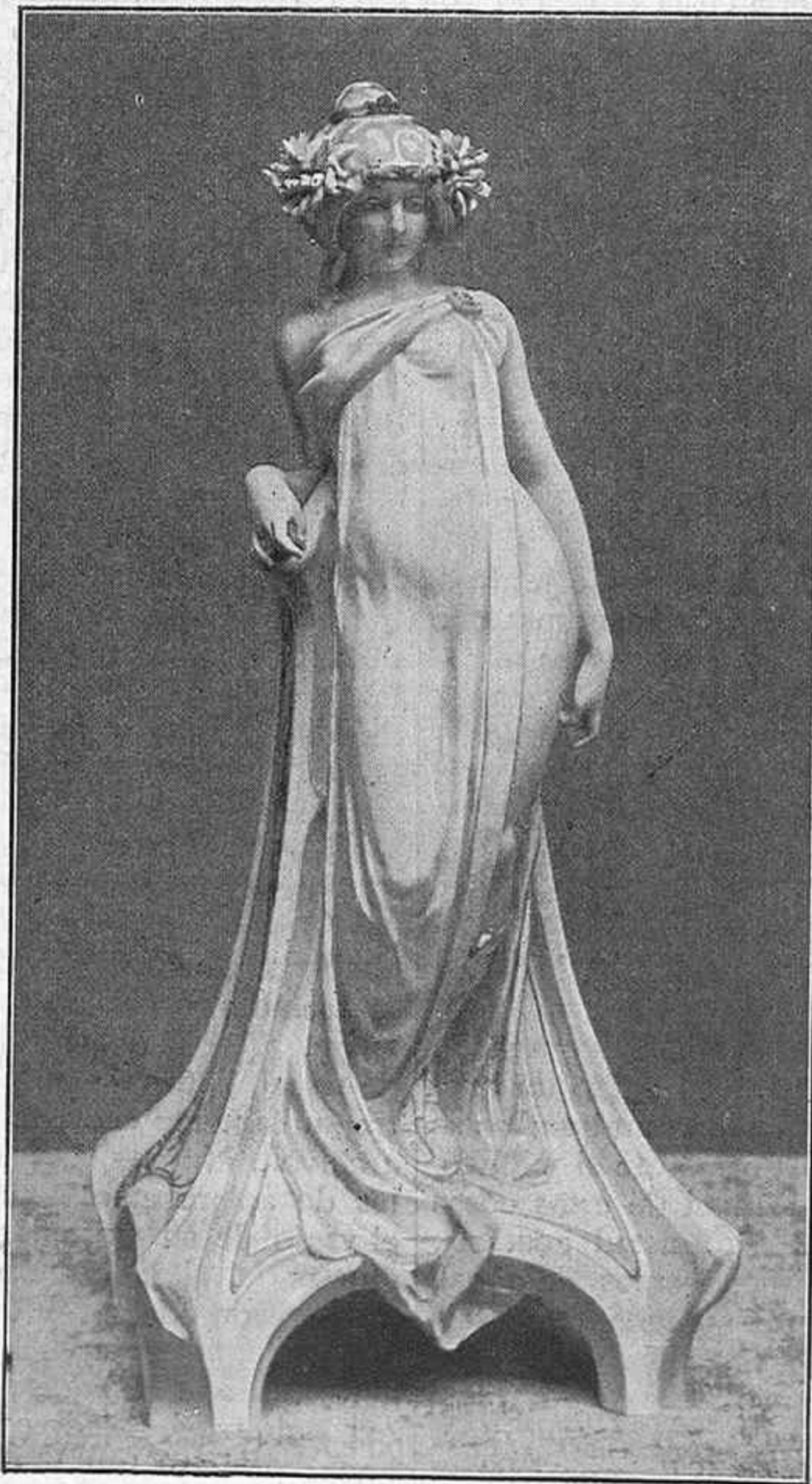


Figura de porcelana, según el modelo de Masch

mados generalmente del mundo legendario, y otros que revisten la forma de bellísimas flores. Una capa de barniz de color cubre estos cacharros, dándoles un encanto especial.

Pero el efecto más notable es el que se consigue con la superposición en toda la superficie, ó sólo en parte de ella, de dos barnices distintos que, formando unas veces contraste y fundiéndose otras, permiten hacer combinaciones bellísimas.

Más recientemente se ha conseguido otro resultado notable dando á las formas decorativas un ligero relieve, apenas perceptible, que uniendo más íntimamente el adorno con la forma fundamental, constituye un conjunto de encantadora armonía.

La porcelana dura se utiliza ahora también para otra clase de trabajos que se ajustan mejor á las modernas tendencias, para los esmaltes de oro: estos esmaltes son muy á propósito, así para los objetos de uso corriente como para los puramente decorativos, y generalmente los motivos ornamentales que con ellos se desarrollan son flores y hojas.

La Real Fábrica de porcelanas de Berlín estudia cada día nuevos procedimientos técnicos y hace nuevas aplicaciones artísticas, merced á lo cual conserva y aumenta la justa fama que en su larga historia se ha conquistado.—S.

* *

LA CURIOSIDAD EN LAS AVES

Hace algunos años, una oca excitaba con sus excentricidades la atención de los habitantes de una aldea del ducado de Baden. Cada vez que el guarda rural iba al mercado con su gran campana para leer un edicto ó un aviso, una oca blanca y negra se separaba de su manada agrupada junto al arroyo, se confundía con los aldeanos que escuchaban al

guarda, y mientras éste leía permanecía inmóvil con la cabeza erguida como si quisiera parodiar la actitud atenta de los oyentes. Cuando el guarda tocaba la campana se ponía en movimiento para seguirle, y cuando aquél se paraba, parábase ella también para escucharle; y de esta manera iba detrás del pregoneiro recorriendo toda la población y no volvía á reunirse con sus compañeras, que continuaban en el arroyo, hasta que el hombre había terminado su cometido.

El animal conservó esta costumbre durante muchos meses.

Esta anécdota, relatada por un zoólogo, demuestra, en forma algo humorística, la curiosidad, que es el pecado de casi todas las aves y que á menudo puede en ellas más que la prudencia, con ser en ellas tan grande; así es que en muchas ocasiones se acercan, con peligro de su vida, al objeto que las intriga. Los cazadores de las lagunas y de las orillas del mar lo saben perfectamente, y les basta poner un pañuelo blanco en una eminencia para ver acercarse una multitud de individuos alados, á los que pueden fusilar á mansalva, si se han situado á corta distancia, aun sin necesidad de esconderse. La curiosidad es también causa de la pérdida de las alondras, que se aproximan demasiado para contemplar los espejillos giratorios, y de las aves emigradoras, que van á estrellarse contra los faros, cuya claridad las atrae.

Los loros son en extremo curiosos. Haast nos presenta, por ejemplo, al *keanestor* como un ave dominada por una curio-

sidad extraordinaria que ha de examinar minuciosamente todos los objetos que encuentra á su paso. Cierta naturalista que una tarde había recorrido la montaña para herborizar y que había logrado reunir con gran trabajo un manojo de plantas alpestrés muy raras, sentóse á descansar y dejó las plantas en una escarpada roca. Durante su corta ausencia, presentóse un *keanestor*, que se puso á estudiar detenidamente aquellos vegetales y demostró su interés por la botánica arrojándolos todos desde lo alto de la roca.

Brehm refiere que un pastor al regresar, después de dos días de ausencia, á su cabaña, quedó muy sorprendido al oír que de la choza salía un ruido singular: el que lo producía era un *keanestor* que había penetrado por la chimenea, y aprovechándose de no estar allí el amo, quiso poner á prueba su vigoroso pico destrozando las ropas y todo cuanto pudo ser-



Plancha de porcelana que figura en el nuevo Palacio de Correos de Berlín, proyectada y ejecutada por A. Kips

virle de presa; además, las cazuelas, los pucheros y los platos estaban revueltos por el suelo.

El consejero Paske ha descrito las hazañas de un cuervo al que había educado y que, como sus compañeros, estaba devorado por la curiosidad. Gustábase sobre todo entrar por las ventanas abiertas en las habitaciones para entregarse en ellas á toda clase de fechorías: así, un día entró en una habitación de la casa de enfrente, y habiendo encontrado en ella una colección de recuerdos que el inquilino había colocado en un armario, destrozó la mayor parte de aquellos objetos. El juego de pelota de los niños interesábase sobre manera, y muchas veces robaba á los muchachos la pelota y la escondía. Su curiosidad dió lugar á más de un incidente cómico: un día, por ejemplo, penetró en la sala en donde se celebraba un consejo de guerra, se posó en la mesa llena de plumas, tinteros y papeles y no quiso de ningún modo salir de allí, llegando á amenazar con el pico á los que querían cogerlo. Fué preciso enviar á buscar á su propietario, que se lo llevó sin resistencia.

Pueden citarse también como aves muy curiosas el canario, el gorrión, el pitirrojo, el verderón, la urraca, el ruiseñor, las aves de presa, los abejarucos y en general todos los pájaros cantores.—H. C.

EL ARTE DE RESPIRAR

Sabido es que muchos niños que crecen delicados y no adquieren el desarrollo correspondiente á su edad y muchos de los cuales están atrasados, así

intelectual como físicamente, deben la insuficiencia de su desarrollo á vegetaciones de la garganta ó de las fosas nasales que se oponen al libre funcionamiento de la respiración por la nariz. Estos niños tienen las vías respiratorias obstruidas y se les reconoce por su costumbre de respirar por la boca, que tienen entreabierta, por los ruidos poco agradables que salen de su nariz y á menudo también por cierto abultamiento de los labios.

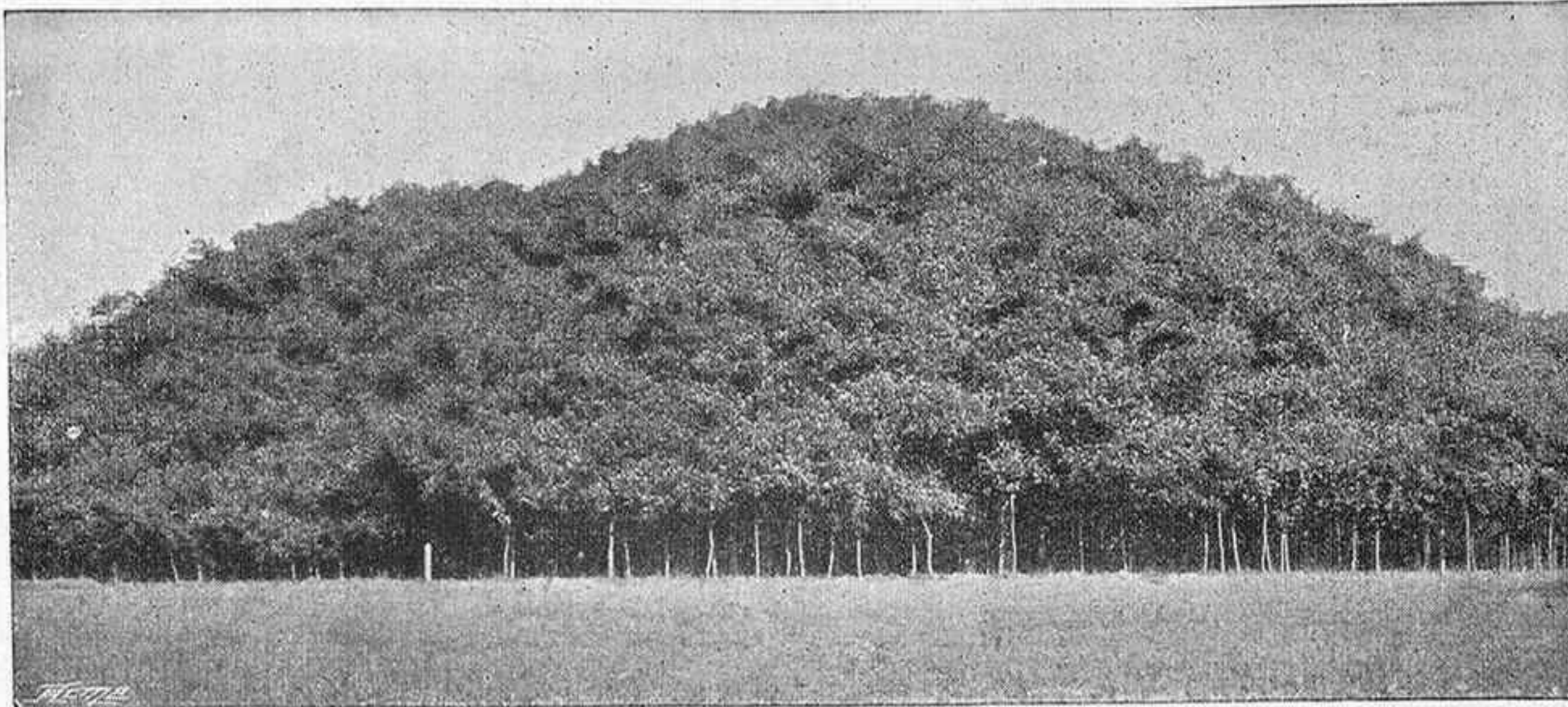
Para curarlos, para permitir que se desarrollen, se acostumbra operarles, extirpándoles las amígdalas ó las vegetaciones que obstruyen las fosas nasales; pero sucede con frecuencia que la operación no da los resultados esperados, pues el niño sigue tan desmedrado como antes, con lo cual parece haber sido la operación completamente inútil. Y es que muchas veces no basta suprimir el obstáculo, sino que se requiere que el niño recobre la respiración normal; y si no la recobra por sí mismo, como sucede muy á menudo, es preciso recurrir á la gimnasia respiratoria, pues hay que enseñar el arte de respirar á los que lo ignoran ó lo han olvidado, que no son pocos.

Además de estos individuos, hay los atacados de pseudo-hipertrofia del corazón, de crecimiento; muchos anémicos, convalecientes de una larga enfermedad, los tuberculosos, los enclenques, los bronquíticos y finalmente multitud de personas á quienes una afección de abdomen impide respirar convenientemente. Pero ¿en qué consiste la gimnasia respiratoria? He aquí el método de la misma, según un interesante

estudio publicado por M. Jorge Rosenthal en *La Presse médicale*.

La primera etapa comprende las respiraciones psicológicas en distintas actitudes. El individuo se echa boca arriba y respira un cierto número de veces en presencia del médico, que lleva el compás y da el

to el único que proporciona el esfuerzo. Como se ve, para aprender á respirar se necesita un guía competente y ponerse en manos de un médico que tenga los conocimientos especiales necesarios. El arte de respirar es indispensable á los que quieren gozar de buena salud, y sobre todo su enseñanza es esencial para los niños operados de vegetaciones de la nariz y para las personas que parecen amenazadas de tuberculosis.—X.



EL BANYAN GRANDE, arbol de Calcuta que por sí solo forma un bosque

EL BANYAN GRANDE

Nadie podría imaginarse que el extenso bosque, que incompletamente representa la adjunta fotografía, esté formado por un árbol solo, el Banyan.

Este árbol tiene, como es fácil comprender, un tamaño excepcional entre los de su especie; es un verdadero gigante, y se le conoce en Calcuta, donde todavía está creciendo, por el Banyan Grande.

ritmo; después se repite el mismo ejercicio estando el sujeto echado sobre un costado, luego sobre el otro, sentado, de pie y con los brazos extendidos. Una segunda serie de ejercicios consiste en respiraciones acompañadas de movimientos positivos de los brazos ó de todo el cuerpo: movimientos lentos, graduales, que no sean violentos ni bruscos, movimientos pasivos en los cuales el esfuerzo lo realiza el médico, que guía y levanta los miembros. En un grado más avanzado, los ejercicios respiratorios van acompañados de movimientos positivos, en los que el médico sólo interviene para guiar, siendo el suje-

Vense en la fotografía muchos troncos que, á primera vista, parecen pertenecer á otros tantos árboles; pero son únicamente ramas del tronco principal, del que forman parte, y con él están unidas.

Es muy curioso el modo como se forman esos troncos secundarios. Cuando las ramas del árbol principal adquieren todo su desarrollo, se inclinan hasta tocar la tierra, donde penetran, echan raíces y se convierten, al parecer, en troncos diferentes. De estos troncos brotan nuevas ramas, que al cabo de algunos meses también se inclinan y tocan á tierra, continuándose indefinidamente el mismo procedimiento.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Frasco 5fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 21 St-Denis, 28

Reumáticos y Gotosos!

Tratado curar con la Legítima

PISTOIA

PLANCHE

(Dos Siglos de Éxito)

No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA

el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

En Marsella (Francia).

En todas las Farmacias bien surtidas.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO

MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Jardin del Hotel Faraglioni, en Capri, cuadro de J. S. Elgood

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de **16.600 francos** Siete Medallas de **ORO**

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatisimo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS **DRES** **JORET Y HOMOLLE**

CURA **LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{IA} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el **Vino Aroud** (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{RES} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PREGIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, FaubSt Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de éxito.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN